

DESPUES DE LA MUERTE

burton hare

CIENCIA FICCION

Datos del libro

Autor: Hare, Burton
Editorial: Bruguera, S.A.
Colección: Colección La Conquista del Espacio, 294
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.60

CAPITULO PRIMERO

EL inmenso reactor se deslizó por la pista con un silbido atronador de sus motores antes de detenerse en la terminal. Los pasajeros descendieron, pisaron la alfombra roja hasta las escaleras mecánicas, y rindieron viaje en la oficina de la aduana, donde los rápidos trámites fueron cumplidos rutinariamente.

Donald Savage cerró el maletín y se alejó en busca de la salida. Era un hombre casi gigantesco, de aspecto sólido, cabeza de cabello alborotado y ojos claros que caminaba como si tuviera una ofensa personal contra el suelo y quisiera triturarlo a cada paso.

Se detuvo bajo el cegador reflejo del sol, mirando en torno. Frunció el ceño cuando nadie acudió a su encuentro.

Consultó su reloj electrónico. El avión había sido puntual hasta el segundo, de modo que ella debiera haber estado allí esperándole.

Una riada de coches circulaba por el amplio paseo en forma de herradura, buscando la salida hacia la ciudad. Dos enormes autocares engullían pasajeros y sobre su cabeza rugían los aviones que esperaban instrucciones y permiso para el aterrizaje.

Al fin, encogiéndose de hombros resignadamente, se acercó a la hilera de taxis, tiró el ligero maletín sobre el asiento y acomodándose gruñó:

—Lléveme a Franklin Y Osborne, frente al bar que hay en la esquina.

El auto salió zumbando impulsado por su silencioso motor a turbina. Colosales edificios blancos y acerados se erguían como flechas lanzadas a las estrellas, salpicados por millares de ventanas semejantes a ojos ciegos contra cuyos cristales ahumados el sol perdía la batalla.

Donald Savage gruñó un juramento para sí. Detestaba las

aglomeraciones, las inmensas megápolis que desmenuzaban al ser humano convirtiéndolo poco menos que en un insecto sin voluntad; una diminuta pieza de una maquinaria colosal y deshumanizada.

Apartó la mirada del pétreo paisaje urbano y se sintió terriblemente cansado. Estaba haciéndose viejo, pensó.

Se abstrajo de tal modo en sus propios pensamientos que apenas advirtió que el coche reducía la marcha. La voz del chófer dijo:

—Hemos llegado, amigo.

Pagó y saltó a la acera. El vehículo se alejó como una bala.

Había un bar en la esquina cuya fachada de madera resultaba una incongruencia para la época. Estaba decorado como una vieja taberna inglesa de doscientos años atrás. Hasta los más mínimos detalles habían sido reproducidos en el establecimiento, y a través del tiempo su propietario había sabido crear una atmósfera íntima que sin duda era la responsable de que, en la actualidad, su clientela fuera la más seleccionada de toda la ciudad.

Donald entró, sumergiéndose en la suave penumbra y aspirando el aroma del tabaco que flotaba en el aire.

Desde la barra, un hombre grueso y jovial le saludó. El devolvió la bienvenida y gruñó:

—Busco a Jean Martin, Willis. Pensé que quizá estuviera aquí...

—No la he visto en los últimos días, señor Savage. ¿Dónde estuvo esta vez?

—Volando por medio mundo... Un fastidio. El caso es que habíamos quedado con Jean que iría al aeropuerto a esperarme y no apareció.

—Lo siento. ¿Quiere beber algo?

—Sólo cerveza helada.

Había pocos clientes a esa hora. El rumor discreto de la charla le adormecía, o tal vez fuera el cansancio. Por alguna extraña razón, estaba fastidiado consigo mismo, descontento del trabajo, cosa que jamás antes le había sucedido.

Terminó la cerveza y ya se disponía a saltar del taburete de madera cuando la puerta se abrió y entró un hombre alto y delgado, sobre cuyo cuerpo escuálido las ropas parecían colgar como de una percha.

El recién llegado se detuvo al ver a Savage y exclamó:

—¡Que me ahorquen, mira quién está aquí, Willis! ¿Ves tú lo

mismo que yo o es sólo un espejismo?

El gordo del mostrador rió. Savage dijo:

—¿No es muy temprano para que ya estés borracho, Frankie?

—Calumnias. No he bebido más que ambrosía...

—¿Que has bebido qué?

—Olvídalo. Un whisky, Willis, sólo para celebrar el retorno del gran brujo. Donald esbozó una sonrisa.

—Pensé en ti algunas veces, Frankie.

—¡No me digas!

—Seguro. He visto la televisión en varios países. Cada vez que contemplaba un programa informativo bien hecho, con garra, pensaba en ti. Como contraste quiero decir...

—Ya veo. ¿Dónde estuviste?

—Aquí y allá, ya sabes. Pero en todas partes los programas eran mejores que el tuyo. Frankie Marvin se echó a reír.

—Lo pagan de maravilla —replicó—, así que para mí es un exitazo. Sería el mayor fracaso de la historia si tuviera que presentarlo yo, pero limitándome a escribirlo la cosa es todo un suceso.

—¿Has visto a Jean?

—Pues no... ¿Qué pasa, tormenta amorosa?

—Hablé con ella ayer desde Tokio y quedamos que me esperaría en el aeropuerto. No ha aparecido.

—¿Te casas al final o qué? Eso también podría ser noticia...

—¿Dónde ves tú la noticia?

—Bueno, el hombre misterioso, el último aventurero que queda en este cochino maremágnum que es el mundo, dejándose arrebatar por el amor. Podría quedar bastante bien, aliñándolo un poco.

—No me sorprende que tu programa sea tan nauseabundo...

—Vi a Jean anteayer.

—¿Dónde?

—Bueno, lo cierto es que sólo la saludé. Quedé bizco viendo a su amiga... ¡Hombre, yo

creía que ya no quedaba ninguna maravilla en este mundo que yo no hubiese visto! Estaba equivocado. ¡Qué mujer, hermano!

—¿De quién estás hablando?

—De la dama que acompañaba a Jean, por supuesto.

—¿La conozco yo?

—Qué más quisieras.

—Maldito si sé de quién estás hablando. Creía conocer a todas las amigas de Jean..., pero ninguna de ellas despertaría semejante entusiasmo en un tipo baqueteado y degenerado como tú.

—Si conocieras a esa dama, no te casarías con Jean, sino con ella. Si pudieras, claro.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—Ni me la presentó. Pero oí que la llamaba Charleen. Donald se encogió de hombros.

—Nunca oí ese nombre. Ya nos veremos, Frankie. Voy a darme un baño. Estoy molido.

Salió y caminó por la calle Osborne hasta un edificio de apartamentos.

El suyo estaba en el ático. Había una gran terraza bañada por el sol, una sala desordenada, con estanterías de libros, una gigantesca televisión y algunos artilugios más que no estaban allí cuando alquiló el lugar, más dos dormitorios, un baño, una cocina, y otro cuarto de baño casi tan grande como el salón con un muro de cristal que con sólo pulsar un botón dejaba entrar libremente el aire y el sol. Allí, la bañera era redonda, grande y profunda, semejante a una mediana piscina.

Donald Savage tiró el maletín en el dormitorio y fue hacia el teléfono. Disco el número

de Jean y aguardó.

No hubo respuesta, lo que acabó de agriarle la mañana.

Se desvistió, metiéndose en el baño un tanto preocupado. Le inquietaba la ausencia de Jean. No era una muchacha como para dejar de cumplir un compromiso sin dejar un aviso en el aeropuerto. La conocía bien. Quizá demasiado bien, y eso fuera la causa de que se demorase su decisión de casarse con ella...

Cuando salió del baño se envolvió con una enorme toalla, encendió un cigarrillo y disco otro número al teléfono.

Esta vez respondieron al primer zumbido.

—Habla Savage —dijo—. Acabo de llegar.

—Aguarde un instante...

La voz femenina sonó fría e impersonal. Luego, fue sustituida por una de hombre, bronca y segura.

—¿Savage?

—Llegué hace una hora, señor.

—Me alegro de oírle. ¿Todo bien?

—Perfecto.

—¿Ninguna complicación?

—En absoluto.

ˆComo de costumbre —rió la voz por el teléfono—. Lo contrario significaría una sorpresa, tratándose de usted. Espero su informe cuanto antes, Savage.

—Lo tendrá esta tarde.

—Adiós.

Colgó, refunfuñando. Siempre la misma rutina. Antes de empezar a hablar hubiera podido repetir aquellas palabras sin temor a equivocarse en una sola.

Encendió otro cigarrillo. De un tiempo a esta parte fumaba demasiado. Eso también era un mal síntoma.

Se vistió, ceñudo. Sólo entonces abrió el maletín, sacó las arrugadas prendas de ropa y tirando de la empuñadura hizo saltar un oculto resorte que partió en dos el lomo, dejando al descubierto una aplanada cavidad.

En ella reposaba una pequeña y extraña pistola muy delgada, más parecida a un juguete que a otra cosa. Junto a la pistola, dos pequeños y delgados cargadores repletos de munición hablaban a las claras de que no se trataba de ningún juguete precisamente.

Lo sacó todo, pistola y cargadores, y fue a guardarlo en una pequeña y oculta caja fuerte empotrada en la pared, detrás de una estantería de libros.

Tras esto, pensando en Jean y en su extraña ausencia, abandonó el apartamento

disgustado consigo mismo y con el resto del mundo, aunque si alguien le hubiese preguntado las razones concretas de ese disgusto no hubiera sabido responder.

CAPITULO II

LA muchacha que abrió la puerta era una escultura viviente de cabello rubio ceniza, ojos grandes y brillantes y labios que se abrieron en una gran sonrisa al reconocer al visitante.

—¡Donald! —exclamó—. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana...

—Entra, no te quedes ahí.

El penetró en el apartamento decorado con tonos alegres. Flotaba un aroma indescifrable en el aire, tan sutil que tanto podía ser debido a uno de esos perfumes que cuestan un ojo de la cara, como a la fragancia fresca y vital del cuerpo de aquella mujer que al cerrar la puerta se había quedado apoyada en ella, mirando al visitante.

Savage gruñó:

—¿Qué pasa con Jean? Estuve llamando por teléfono y nadie respondió. Tampoco vino a esperarme al aeropuerto, como habíamos convenido...

La brillantez de aquellos ojos dorados se apagó de súbito.

—Estoy preocupada por ella, Donald —dijo la muchacha.

—¿Preocupada?

—No la he visto en dos días. Donald Savage arrugó el ceño.

—Ayer estaba aquí. Hablé con ella por teléfono desde Tokio.

—Ya sé que estuvo aquí, pero fue durante las horas que yo trabajo. Cuando regresé vi que se había llevado algunas cosas suyas. Vestidos, maquillajes... Cosas así.

—No me dijo que pensara emprender un viaje.

—A mí tampoco. Lo cierto es, Donald, que Jean lleva unos días muy nerviosa... Le pregunté qué le pasaba pero se negó a darme explicaciones. Ya sabes que este apartamento es suyo y que yo lo

comparto pagando una parte del alquiler. Bueno, llegó a decirme que si no me gustaba compartirlo podía buscarme otro sitio.

—Eso no es propio de Jean.

—¿Crees que no lo sé? Por eso digo que no parecía la misma de un tiempo a esta parte. El encendió un cigarrillo.

—No me gusta eso —gruñó—. Jean suele ser bastante incongruente, pero no hasta ese extremo.

—¿Piensas que puede haberle sucedido algo desagradable?

—Ojalá lo supiera —de pronto clavó sus ojos duros en la bellísima rubia y le espetó—: No nos andemos con rodeos, Stella. ¿Sabes si había algún otro hombre por en medio?

—No, que yo sepa. ¿De dónde sacas esa idea?

—Del hecho de que preparase un reducido equipaje... Stella sacudió la cabeza.

—No saques conclusiones precipitadas, Donald. Pueden existir cien motivos distintos para ese maletín sin que haya ningún hombre involucrado en ello. Después de todo, iba a casarse contigo, ¿no? ’

—Aún no había nada decidido. Stella parpadeó.

—Pero tú la amas, estás enamorado de Jean...

Repentinamente, Savage se desplazó hacia el teléfono y disco un número. La misma voz femenina que ya conocía surgió del auricular, suave e impersonal.

—Habla Savage —dijo él.

—Un segundo, por favor.

Esperó hasta oír la voz de hombre.

—Aquí Savage —repitió—. Necesito una introducción para acudir a la policía, señor.

—¿Policía? Apenas acaba de llegar y ya se ha metido en un lío... Oiga, Savage, acabo de leer su informe y hay algunos datos que desearía discutir con usted personalmente.

—Le veré tan pronto pueda, pero ahora deseo que haga algo por mí si le es posible.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Una amiga mía ha desaparecido. Pienso que quizá haya sufrido un accidente o algo así. La policía debe saberlo y...

—Comprendo. Lo arreglaré. Por supuesto, ante la policía usted es sólo un ciudadano

corriente, Savage. No lo olvide ni trate de actuar de otro modo.

—Naturalmente. Tome nota del teléfono que le daré. Podrá llamarme aquí tan pronto tenga algo concreto.

Dictó el número telefónico y las siglas correspondientes y colgó, ceñudo.

Stella runruneó:

—Otro misterio... ¿Por qué no puedes acudir por tus propios medios a la policía? El soltó un gruñido.

—Apenas me harían caso, ya sabes.

—Sigues siendo el hombre misterioso por lo que veo. ¿Qué quieres beber?

—Lo que tengas más a mano.

—Cerveza en lata.

—Bien.

Stella entró en la cocina y regresó con unas latas de cerveza fría. El abrió la suya y bebió directamente del recipiente.

La mirada de la muchacha escrutaba su rostro sombrío como si quisiera penetrar hasta sus más recónditos pensamientos.

El timbre del teléfono rompió el silencio cuando él terminaba de beber.

—Se ha dado prisa —rezongó. Descolgó el audífono y se identificó—: Savage al habla.

—Vaya a Jefatura y pregunte por el capitán Page —dijo la voz seca de su comunicante—. No le hará preguntas fuera de lugar.

—Gracias, señor.

—Y recuerde que sigo deseando hablar con usted personalmente. Sonó un chasquido y él también colgó.

—He de irme —dijo—. Si Jean sufrió algún accidente, cuanto antes llegue a su lado

tanto mejor.

—¿Te importa que te acompañe, Donald? Yo también estoy inquieta y preocupada por ella.

—Está bien, pero apresúrate.

—Sólo empolvarme la nariz —sonrió Stella, desapareciendo tras la puerta de su dormitorio.

Apareció unos minutos después. Había hecho algo más que empolvarse la nariz, puesto que el alegre y breve vestido que llevaba ahora no tenía nada que ver con la blusa y los pantalones que llevara anteriormente. Pero no por eso dejaban de quedar

firmemente expuestos los sugestivos encantos de su soberbio cuerpo, con el aliciente de que con la falda mostraba también sus largas y hermosas piernas, cuya piel suave y dorada tenía brillos opacos, de fruta madura.

El capitán Page rondaría los cincuenta años, era de estatura mediana y sus plácidos ojillos ocultaban una inteligencia aguda y vivaz, de la que multitud de delincuentes hubieran podido dar fe, si no hubiesen estado alojados por cuenta del Gobierno en los distintos penales del Estado.

—Entiendo que busca usted a una mujer —aventuró cuando sus visitantes hubieron tomado asiento frente a su mesa.

—Ciertamente.

La mirada del policía examinó las largas piernas de Stella, que ésta había cruzado despreocupadamente. Eran todo un espectáculo.

—Se llama Jean Martin —añadió Savage—. Puedo facilitarle una fotografía y la descripción. Ignoro qué puede haberle sucedido, pero sea lo que fuere quiero saberlo.

—Naturalmente. Veamos esa fotografía si es tan amable.

Se la entregó por encima de la mesa. Page vio el busto de una muchacha que apenas si habría cumplido los veintidós años. Muy bella, su larga cabellera negra le caía sobre los hombros como una cascada de ébano.

—¿Su novia, señor Savage?

—Este... Pensábamos casamos.

—Comprendo. ¿Dice usted que su nombre era Jean Martin? .

—¿Era? Espero que aún siga siéndolo.

—Sí, claro, disculpe mi torpe manera de expresarme. Aguarden unos instantes, por favor.

El capitán Page abandonó el despacho. Stella dijo:

—Apenas ha mirado la fotografía, Donald... ¿Qué piensas?

—No quiero pensar nada. Si realmente le ha sucedido un accidente, no tardaremos en saberlo.

Lo supieron apenas diez minutos más tarde, cuando el capitán regresó. Algo había cambiado en su rostro. Era un cambio impreciso, pero notable a pesar de todo.

Fue a sentarse en su sillón basculante y miró fugazmente a la pareja.

—Tengo malas noticias para ustedes —empezó—. La señorita

cuya foto usted me ha facilitado está muerta.

Donald Savage se levantó poco a poco, rígido. Stella ahogó un breve grito.

—¿Muerta? —gruñó Savage—. ¿De qué… quiero decir cómo murió?

—Eso es lo que convierte el asunto en algo oscuro y terrible… Supongo que querrán identificarla…

—Por supuesto.

—En ese caso les acompañaré al Depósito de Cadáveres. Allí podrán hablar con el médico que realizó la autopsia y él podrá informarles mejor que yo respecto a la manera como murió esa mujer.

Savage se controló con un violento esfuerzo. Volviéndose hacia Stella dijo:

—Esto no va a ser nada agradable, Stella. Si prefieres regresar a tu apartamento te llevaré allí.

—No te preocupes por mí…, podré resistirlo. ¿Olvidas que soy enfermera?

El capitán Page les precedió hacia el sótano donde estaba instalado el garaje de la policía. En el veloz coche de turbina del capitán partieron hacia la vieja Morgue, uno de los pocos lugares que apenas había cambiado nada en los últimos lustros de espectaculares avances en todos los terrenos, quizá porque la ciudad no poseía recursos suficientes para dedicarlos a los muertos.

Fue un corto recorrido. La fría atmósfera del lugar provocó un escalofrío en la muchacha, aunque no lo delató en ningún momento. Page cambió unas palabras con el guardián y encargado y éste dijo:

—¿Van a identificarla?

—Eso espero. ¿Está aquí el doctor Cartwright?

—Arriba, cambiándose.

—Llámele, por favor.

Señaló una puerta, y Savage y Stella le siguieron.

Un inmenso muro apareció ante sus ojos. Dividido en compartimentos cerrados por gruesas puertas de acero, era una moderna cámara frigorífica donde los cadáveres podían conservarse indefinidamente sin la menor alteración.

—Hablarán con el doctor Cartwright y él les explicará…

—¿Qué tiene que explicarme? Si murió de accidente, usted debe saberlo. Y si fue... asesinada, también... ¿Dónde está la dificultad, capitán? —dijo Savage, impacientándose.

El policía se encogió de hombros.

Stella pasó el brazo por el de Donald, apoyándose en él.

—Este lugar es estremecedor, ¿no crees?

—Los he visto peores.

El médico tardó unos minutos en aparecer. Era un hombre alto, distinguido, de mediana edad. Tras las presentaciones, el capitán gruñó:

—He preferido que fuera usted quien les hablara de ese cuerpo, doctor.

—Sí, claro... ¿Lo han visto ya?

—Aún no, estábamos esperándole.

El médico asintió con un gesto. Miró los números de las puertas de acero y resueltamente tiró de una de ellas.

Una silenciosa camilla se deslizó sobre sus guías. Los contornos del cuerpo se dibujaban bajo una blanca sábana.

Antes de descorrerla, el doctor explicó:

—Si la señorita prefiere retirarse... debo advertirla que lo que va a ver es algo que impresiona muy desagradablemente.

—Soy enfermera, doctor. He visto toda clase de intervenciones quirúrgicas en mi trabajo.

—Pero ninguna como ésta —refunfuñó el médico.

Descorrió bruscamente la sábana hasta la mitad del cuerpo.

Savage contuvo el aliento. Luego lo soltó y una suerte de desgarrado quejido escapó de su garganta.

Stella se quedó hierática, como paralizada. Luego, lanzó un alarido y se volvió de espaldas. En un instante estalló en sollozos, cubriéndose la cara con las manos.

Con voz ronca, el médico explicó:

—Como ven, le practicaron una total craneotomía. Levantaron toda la caja craneana y le extirparon el cerebro. Yo diría que lo sacaron completo, extrayendo al mismo tiempo su envoltura, conductos sanguíneos, nervios... Todo —añadió como colofón.

Donald Savage dirigió la mirada a aquel horror sin nombre. La cara de Jean estaba intacta, pero desde las cejas para arriba no había nada en absoluto. Ni cráneo, ni cabellos... Nada.

—No se encontró lo que falta —dijo el capitán como si adivinara sus pensamientos—. El cadáver fue descubierto en la bahía por pura casualidad.

—Hay algo más —dijo el doctor Cartwright—. Me refiero a la sangre...

—¿Qué...?

—Se la extrajeron hasta la última gota.

La cara de Donald Savage estaba rígida, como si de repente se hubiera petrificado. Bajo la tez extraordinariamente curtida y tostada por el sol, había palidecido y sus ojos acerados semejaban dos brasas al rojo vivo.

—¿Qué le sugiere eso a usted, doctor? —murmuró.

—No tengo la menor idea. De cualquier modo, sea lo que fuere, es una monstruosidad incalificable.

—Pero eso no es obra de un asesino vulgar, doctor... Por lo poco que yo sé de medicina, nadie sin conocimientos de cirugía podría hacerlo.

—Quien fuere no cabe ninguna duda que es un experto cirujano, señor. Un auténtico experto.

Poco a poco, volvió a cubrir aquella cabeza mutilada con la sábana y empujando la camilla hizo desaparecer el cadáver en el interior de la cámara.

—Supongo que falleció al ser intervenida... —musitó Stella—. ¿No es cierto, doctor?

—Sin duda. Pero hay algo que deseo puntualizar para su conocimiento. Fue preparada concienzudamente para la intervención, como si se tratara de una operación normal en cualquiera de nuestros hospitales. La autopsia lo ha revelado sin la menor duda. Murió al serle extirpado el cerebro y extraída toda su sangre. Y ahora, si me permiten...

Esbozó una inclinación de cabeza y se marchó. El capitán carraspeó, sintiéndose desbordado.

—Y bien, ¿es el cuerpo de Jean Martin?

—Seguro, es ella.

—Habrán de firmar una declaración y luego desearía hacerles algunas preguntas al respecto. Confieso que en toda mi larga vida jamás había tropezado con un crimen tan exótico y terrible como éste.

Les precedió hacia la oficina y esperaron hasta que el empleado hubo rellenado el impreso correspondiente. Luego, tras firmarlo los dos, emprendieron el regreso a jefatura y al despacho de Page, quien les ofreció cigarrillos y él encendió otro, pensativo.

Stella murmuró:

—Sólo puede tratarse de un demente, ¿no lo crees así, Donald?

—Supongo que tienes razón. Pero no son frecuentes los locos que al mismo tiempo sean hábiles cirujanos. Ya oíste al doctor.

—Ustedes deben conocer las amistades de esa desgraciada joven —intervino el capitán—. Necesitaré una lista, aunque sólo sea para encontrar a la última persona que la vio viva. También sería interesante averiguar qué lugares frecuentaba más asiduamente. Estoy seguro que ustedes dos pueden ayudarme a ese respecto.

Stella asintió, y Savage se encogió de hombros. Sin embargo, ambos se aplicaron a la tarea durante casi una hora.

Mientras el estenógrafo terminaba su trabajo, Donald se volvió hacia la muchacha y preguntó:

—¿Quién es Charleen?

—¿Charleen?

—Por lo que sé, se trata de una mujer espectacular. Debía ser amiga de Jean porque fueron vistas juntas hace dos o tres días tan sólo.

—Lo ignoro. Estoy segura que nunca la nombró... Por lo menos, delante de mí.

—¿No sabe usted el apellido de esa mujer? —indagó el policía.

—No, sólo el nombre.

—¿Y ninguno de ustedes sabe de quién se trata? No deja de ser sorprendente, tratándose del prometido y de la mejor amiga de la víctima...

—Un amigo mío me dijo que había visto a Jean en compañía de una mujer extraordinariamente atractiva, y que oyó como la llamaban Charleen, pero eso es todo.

—¿Le importaría darme el nombre de ese amigo suyo? Hemos de tener en cuenta que él puede reconocer a esa mujer si vuelve a verla alguna vez...

—Es Frankie Marvin, el reportero de la televisión. Ya sabe, los noticiarios de la noche. Page tomó nota del nombre y echándose atrás en el sillón basculante permaneció

pensativo unos instantes, mientras el estenógrafo abandonaba el despacho silen-

ciosamente.

—Voy a dedicar a todos los hombres disponibles a este caso —dijo de pronto—. Va a ser una tarea interminable, porque habrá que seguir centenares de pistas que no nos llevarán a ninguna parte, una rutina que desespera a los policías. Veamos..., ¿saben si esa joven tenía alguna afición particularmente preferida, algo que pudiera ser objeto de investigación? Quizá era aficionada a la música, por ejemplo, y asistió a un concierto poco antes de su muerte. ¿Comprenden? En ese caso, tal vez fue vista en compañía del asesino... Es sólo un ejemplo, pero muchas veces de esas pequeñeces surge la luz.

—No era aficionada a la música. Pero sentía auténtica pasión por la parapsicología.

Page se enderezó.

—¿Era ella también parapsicóloga?

—No... Por lo menos, nunca lo pensé. Pero le gustaba leer todo lo que caía en sus manos sobre esa ciencia —añadió Savage, ceñudo—. Poseía decenas de libros que a mí me aburrían soberanamente.

—Ya veo... Enfocaremos las investigaciones por ese frente también. Gracias por su colaboración —dijo Page, levantándose—. Les mantendré informados de nuestros progresos tan pronto los tengamos.

Era una despedida, de modo que estrecharon su mano y abandonaron el edificio

policíaco. Stella sobrecogida aún por el horror de lo que había visto.

Savage sumido en un hosco silencio, sombrío como el anuncio de una tempestad.

CAPITULO III

LA sala era inmensa, brillantemente iluminada. Sin embargo, su tamaño parecía disminuido por la incalculable cantidad de aparatos de laboratorio que aparecían distribuidos sobre mesas de trabajo, estanterías, mostradores y cuadros de controles de los ingenios electrónicos más avanzados.

Era sin duda un laboratorio de los mejor equipados, moderno, funcional en extremo hasta en sus menores detalles.

Había un colosal microscopio electrónico, un ordenador compacto y multitud de aparatos que habían sido proyectados y construidos exclusivamente para los trabajos específicos del doctor Heller.

Un hombre de grotesca apariencia se movía entre aquel complejo laberinto. Era de corta estatura, espalda torcida por una ligera joroba y una gran cabeza de cabello ralo sobre unos hombros macizos, dando la impresión de que carecía de cuello.

Sus ojos saltones examinaban los trazos sincopados de una larga tira de papel graduado, que surgía en silencio de un perfeccionado encefalógrafo.

En un extremo del laboratorio se descorrió una puerta de acero y entró el doctor Lawrence Heller.

El jorobado se volvió en redondo.

—Venga aquí, doctor —gruñó con un marcado balbuceo.

—¿Qué ocurre, algo va mal?

El doctor avanzó apresuradamente. Era alto, delgado, de aspecto descuidado. Tenía largos cabellos grisáceos revueltos y sucios, y una cara angulosa en la que relampagueaban unos ojos desorbitados, inquisitivos y brillantes.

—Se agita —dijo el jorobado.

Heller se inclinó sobre la hoja. Una línea en zigzag iba quedando impresa a medida que el papel se deslizaba. Algunas de las aristas del gráfico se proyectaban violentamente, como acusando una gran actividad.

Heller suspiró, perplejo, volviéndose hacia una parte de aquella asombrosa máquina. Flotando en un recipiente lleno de un líquido incoloro, se distinguía un cerebro

humano. Toda la completa masa de un cerebro, del que partían infinidad de conductos nerviosos, e incluso el sistema de riego sanguíneo se distinguía sin dificultad.

Heller se retorció las manos, entusiasmado.

—¿Te das cuenta? ¡Vive! —exclamó—. ¡Separado del cuerpo y sigue viviendo, pensando, odiando con toda seguridad? Te dije que lo conseguiría, Cassey. Te lo dije...

—Pero ¿cómo podremos descifrar sus pensamientos, si es que realmente sigue pensando?

La mirada llameante del científico no se apartaba del cerebro que flotaba, inmóvil, en el recipiente de cristal.

—Eso aún hemos de resolverlo —murmuró distraídamente. Y añadió—: De momento tenemos lo más importante... Lograr que un cerebro continúe viviendo después de la muerte del cuerpo que lo alojó. ¿Te imaginas lo que será en el futuro mi descubrimiento?

¡Poder continuar gozando de la inteligencia de los genios después de su muerte!

El jorobado dio un respingo y casi gritó:

—¡Doctor!

Las distintas agujas impresoras mostraban una enloquecida actividad, proyectando violentamente las aristas del gráfico de tal modo que casi salían fuera de los distintos canales específicos.

—¡Es increíble...! —murmuró—. ¡Está sometido a una actividad sobrehumana...!

—¿Cómo puede hacer eso el cerebro solo? No puede ver ni oír...

—Pero sí puede pensar. Y odiar, Cassey, sobre todo odiar, porque no cabe duda que «él» sabe que lo extirpamos a costa de la muerte física del cuerpo que lo alojaba. ¡Cómo debe odiarnos!

—No lo creo.

—¿Qué es lo que no crees?

—Que pueda experimentar emoción alguna. No es más que una

masa cerebral, sin corazón, sin sentimientos, doctor.

—¿Para qué demonios necesita el corazón? La sangre le es bombeada regularmente por mi marcapasos, creado exclusivamente para este experimento. ¿O eres tan estúpido que crees realmente que es el corazón el que ama u odia? El corazón es simplemente una bomba, Cassey, para decirlo de modo que lo comprendas. Su única misión es bombear la sangre por todo el organismo humano. Pero el corazón no puede amar, ni odiar. Eso son pamplinas. Sólo el cerebro, ¿entiendes? Sólo el cerebro es capaz de crear sentimientos.

El jorobado se estremeció.

—Si eso es cierto, doctor, siento escalofríos sólo con verlo. Pensar que esa «cosa» está odiándome, detestándome, quizá deseando matarme...

Heller soltó una risa que retumbó por todo el laboratorio.

—¿Tienes miedo de ese pobre cerebro? No puede hacerte el menor daño, Cassey.

¿Cómo podría?

—No lo sé.

—Vigila los otros experimentos en curso mientras estudio el encefalograma. Es apasionante hasta extremos como jamás pude imaginar... ¡Qué actividad mental tan extraordinaria!

El jorobado se alejó hacia un ángulo del laboratorio, mientras el doctor Heller tomaba asiento frente a la mesa por la que discurría la tira de papel amarillento.

Realizó unas anotaciones horarias en un punto determinado y cortó la larga hoja para estudiarla con detenimiento.

Notaba un extraño nerviosismo, quizá fruto del triunfo. En cualquier caso, era algo como nunca antes había experimentado.

Incluso el pulso le temblaba al tomar notas a medida que avanzaba en el estudio del complejo gráfico. Claro que habría que profundizar mucho más en ese estudio; investigar cada canal por separado, y después en relación con los demás, conjuntamente. Tratar de saber, guiándose por la región del cerebro a que correspondía cada trazo, cuál podía ser aquella increíble actividad, o qué podía motivarla...

Entretanto, el jorobado tomaba notas frente a una batería de pequeños recipientes, cada uno de los cuales contenía otros cerebros de animales en suspensión. De monos, de perros; incluso los

diminutos de algunos cobayas eran conservados cuidadosamente. Sólo dos de aquellos cerebros estaban «vivos», no obstante con el amasijo de nervios y sistema circulatorio en funcionamiento por medio de unos aparatos semejantes al que controlaba el cerebro humano, aunque de mucho menor tamaño.

De pronto, Cassey se inmovilizó ante otro complicado aparato. En éste, un pequeño recipiente de cristal lleno de un líquido ligeramente amarillento contenía los ojos de un perro.

Los ojos descansaban en el fondo del recipiente, y de ellos partían los nervios y conductos que en vida del animal los había mantenido activos.

Ahora, los ojos parecían mirar a Cassey y al jorobado se le antojó que le miraban con todo el odio del infierno asomándose a ellos.

Sintió que le castañeteaban los dientes y hubo de realizar un extraordinario esfuerzo para seguir sus anotaciones.

Cuando terminó, vio al doctor Heller profundamente abstraído en su estudio de los gráficos y no se atrevió a distraerle, de modo que dejó las anotaciones sobre la mesa de trabajo y silenciosamente abandonó el laboratorio.

Más allá del portón de acero había un largo pasillo subterráneo, iluminado con lámparas de luz fría colocadas a distancias regulares. Al fondo, unos escalones subían hacia un pozo de tinieblas.

El jorobado encendió las luces de la escalera y subió, desembocando en un estrecho

rellano.

La puerta que había allí estaba cerrada con llave. El tenía una llave y otra el doctor. Nadie más estaba autorizado ni podía penetrar en el subterráneo templo de horror que era el laboratorio.

Cassey abrió la sólida puerta, la cruzó y volvió a cerrarla con extremado cuidado.

Estaba entonces en un pequeño despacho, contiguo al que solía utilizar el doctor Heller para sus estudios. Cassey encendió un cigarrillo con gesto de voluptuosidad. En el laboratorio estaba rigurosamente prohibido fumar y aquél era el primer cigarrillo que saboreaba en horas.

Salió también de la pequeña oficina y penetró en las dependencias discretamente amuebladas de la vivienda.

En el salón central, fumando y mirando la televisión, había una mujer de espectacular belleza.

—No sabía que estuvieras aquí —rezongó el jorobado.

—Acabo de llegar Apagó el televisor mediante el mando a distancia y recostándose en el confortable diván runruneó:

—Tráeme algo de beber, querido.

—El bar está en aquel rincón. Lo sabes perfectamente. Ella se echó a reír.

—A veces me pregunto por qué me detestas, Cassey. ¿Qué te he hecho yo, dime?

—Nada, olvídalo. Pero no soy el sirviente de nadie.

—¡Oh, vamos, el orgulloso hombrecillo!

—¡Cállate!

Riéndose, ella se levantó y fue a servirse una generosa dosis de whisky puro.

—¿Quieres un poco, Cassey? A mí no me importa servírtelo.

—No quiero nada, excepto que me dejes en paz.

La hermosa rubia se encogió de hombros, riéndose aún entre dientes. Luego, contoneándose, regresó al diván, donde se dejó caer, casi tendiéndose y encogiendo las largas piernas.

—¿Qué está haciendo nuestro genio, Cassey? —preguntó de pronto.

—Estudiando el cerebro. Ella se estremeció.

—¿Lo está consiguiendo?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Yo mismo he visto la actividad en el encefalograma. El cerebro vive, y proyecta energía suficiente para activar el aparato.

—Es horrible..., pero asombroso. ¿Continúas vigilándolo, Cassey?

—Seguro.

—Supongo que guarda sus notas y gráficos en la misma caja fuerte.

—Hasta la última anotación. Y no ha cambiado la numeración ni sospecha nada, así que deja de hacer preguntas idiotas.

—Como socio estás resultándome muy desagradable, querido.

—Vuelve a llamarme así y te golpearé, Charleen —dijo él con

voz silbante.

—¿Qué tiene de malo? Es sólo una manera de hablar…

—Es un sarcasmo que no quiero admitir. ¡Y cállate de una vez!

Ella bebió un sorbo de whisky. Sus grandes ojos verdes se clavaron en el jorobado y no había en ellos ni el menor asomo de cordialidad.

De pronto le espetó: —¿Qué pasa contigo, Cassey?

—¿Eh?

—Te he preguntado qué te ocurre. Estás más nervioso que un gato.

—No me pasa nada.

—¿Crees que nací ayer?

El se echó atrás, recostándose en el respaldo de la butaca en que se había sentado.

—Bueno, estoy nervioso, es cierto —confesó—. Creo que se debe a ese experimento… Mientras utilizo cerebros de animales la cosa no me afectó… Pero eso de ahora es distinto. Aquella pobre chica…

—¿Remordimientos a estas alturas?

—No te burles. Tú no has visto ese cerebro… Es una cosa nauseabunda, espeluznante. El doctor asegura que sigue pensando, odiando… ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta de que cuando Heller haya solucionado los problemas que aún se le resisten, su trabajo nos hará los seres más ricos del mundo. Piensa en eso y te sentirás mejor.

Cassey meneó la cabeza, dubitativo, y no replicó.

Al cabo de unos instantes, él también fue hacia el bar y llenó un vaso de whisky hasta los bordes. Bebió un sorbo y con el resto regresó a la butaca, donde se hundió con gesto cansado.

Charleen le observó, preocupada.

—Bebes demasiado, Cassey —dijo de pronto—. Contrólate si no quieres echarlo todo a rodar.

—Yo sé cuándo tengo bastante. Jamás me he embriagado.

—Nunca estuviste tan descompuesto como ahora, lo cual puede hacerte perder el control y eso sería fatal. Para ti quiero decir.

—No me amenaces, nos conocemos demasiado bien tú y yo.

Hubo un largo silencio que él aprovechó para vaciar el vaso con rapidez. Charleen preguntó:

—¿Qué se propone hacer ahora, Cassey, lo sabes?

—No exactamente. Primero desea descifrar las reacciones del cerebro. Después, proyecta dotarlo de visión y oído o algo así. Esa es la siguiente etapa.

—Cuanto más avance, más ricos nos hará...

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—¿Qué otra cosa puede ser más interesante para nosotros? Escucha, socio, y préstame atención, ¿sí?

El se encogió de hombros por toda respuesta. Levantándose, se acercó al bar y se sirvió una nueva y abundante dosis de whisky.

—Piensa en lo que cualquier gobierno estaría dispuesto a pagar por seguir disfrutando de un cerebro como el de Einstein, por ejemplo. Y te repito que es sólo un ejemplo, porque hay centenares de genios que al morir se pierden para siempre ahora. Pero nosotros podremos ofrecerles la posibilidad de continuar creando, descubriendo, experimentando., de modo que nunca se interrumpa su actividad y sigan produciendo inacabables beneficios en la rama de la ciencia que sea su especialidad.

—Sé todo eso de memoria.

—Apuesto que ahora mismo el Gobierno de este país gasta sumas gigantescas con los científicos que trabajan en los proyectos de nuevas armas, de nuevas fuentes de energía, de nuevos descubrimientos espaciales... Esos cerebros le cuestan al país miles de millones para especializarlos. Y de pronto, viene la muerte y todo eso se ha perdido. Significa un despilfarro de miles y miles de millones.

—Se me ocurre que estás dando por hechas demasiadas cosas —refunfuñó el jorobado—. De momento, Heller ha conseguido que un cerebro siga viviendo después de la muerte del cuerpo, eso es todo.

—¿Y te parece poco? Lo demás lo conseguirá también. Y entretanto, tú y yo no vivimos nada mal, según mi punto de vista.

Cassey no replicó. Notaba una angustia creciente, un oscuro sentimiento jamás experimentado que le inquietaba, asustándole a pesar de que siempre había hecho gala de nervios bien templados.

Tal vez fuera que aquel cerebro de allá abajo le obsesionaba, pensó. O quizá fuera otra cosa.

—¿Estás segura de que nadie buscará a la chica, Charleen?

—No tenía familia y vivía con una amiga suya. Compartían un apartamento. Bueno, ya sabes... Se llevó un maletín como para un

corto viaje, de modo que la amiga pensará que se ha ido a vivir una breve aventura con algún fogoso enamorado. Cosas así suceden todos los días. Cuando quiera empezar a preocuparse, ya habrá pasado tanto tiempo que nadie podrá hallar el menor rastro y serán incapaces de imaginar qué pudo ocurrirle. ¿Es que también tienes miedo de eso, Cassey?

—Tengo miedo de que eso haya sido sólo el principio...

Charleen se encogió de hombros, pero disimuló la preocupación que también empezaba a inquietarla, aunque era una preocupación debida a motivos muy distintos. Ella empezaba a temer por aquella zozobra del jorobado.

CAPITULO IV

FRANKIE Marvin se rascó el cogote, perplejo.

—No tengo la menor idea de quién era —farfulló, acusando la gran cantidad de alcohol que llevaba ingerido—. Todo lo que sé de aquella dama es que era fuera de serie. Ya sabes lo que quiero decir.

Donald Savage le miró disgustado

—Quizá si no estuvieras borracho podrías pensar en algo más.

—¿Quién está borracho? Puedo pensar con más lucidez que tú.

Excepto dos parejas que daban cuenta de la última botella de champaña de la noche, sentados en un rincón del bar, ellos eran los únicos clientes que aún estaban acodados en la barra.

Más allá de la puerta, el alba disipaba la frágil niebla que aún flotaba sobre las calles de San Francisco.

El reportero apuró su vaso. Comentó:

—Un tipo de tu experiencia debería saber que las mujeres son inconstantes, viejo. Tu adorada quizá encontró a alguien más atractivo, o menos salvaje. O más estable, vete a saber.

Savage rechinó los dientes. No podía decirle lo que en realidad había sucedido con Jean. No era el momento aún de hacer público aquel horror.

—Pienso que si pudiera localizar a esa Charleen que tanto te impresionó, hallaría el rastro de Jean. Ella debió ser una de las últimas personas en verla antes de que desapareciera.

—Mira, si encuentras a ese monumento dejarás de preocuparte por Jean. Querrás casarte con Charleen, ni más ni menos.

—¿Te importaría hablar en serio, aunque sólo fuera para variar? Frankie Marvin le miró por entre la bruma que enturbiaba su mirada.

—Te ha dado fuerte, ¿eh? —rezongó—. De acuerdo, tendré los

ojos abiertos y si vuelvo a ver a esa mujer te lo haré saber. Pero... ¿has pensado que quizá Jean no desea ser encontrada? Debes enfrentarte con esa posibilidad.

De nuevo, los nervios de Donald Savage dieron un tirón.

—Eso no importa ahora —dijo con voz ronca.

—Allá tú. ¿Vas a quedarte aquí, o serías tan caritativo que me llevases a casa?

—¿No te tienes en pie?

—En pie sí, pero soy incapaz de conducir. Esos condenados coches se encabritan solos, ya sabes...

—Muy bien.

Savage pagó, despidiéndose del obeso propietario del bar y los dos hombres salieron al fresco amanecer/

Junto a la acera esperaba el coche de Savage. Era un agazapado último modelo deportivo, dos plazas, largo y tan bajo que producía la sensación de algo letal, como una pantera dispuesta para saltar sobre su presa.

Y cuando arrancó casi fue así realmente, porque la poderosa turbina impulsó al vehículo como un cohete calle abajo, y el reportero se sintió aplastado contra el respaldo del asiento y se quedó sin respiración.

—Otro despegue como éste —gruñó—, y necesitaré paracaídas... ¿Qué demonios de prisa tienes?

Apenas circulaban otros coches a esa hora, de modo que el veloz bólido rojo pudo desarrollar una buena parte de su potencia haciendo extremadamente corto el recorrido hasta la soberbia vivienda del reportero, construida en la ladera de Nob Hill.

—Te invito al último trago —tartajeó al apearse—. Detesto beber solo a estas horas. Savage atravesó con él todo el jardín hasta la casa. El interior era de un lujo chillón y extremado, y había un orden sorprendente teniendo en cuenta la personalidad de Marvin.

Pero cuando entraron en la sala de trabajo del periodista esa personalidad quedó de manifiesto con creces.

Había un auténtico revoltijo de papeles esparcidos por todas partes. Montones de revistas aquí y allá, periódicos de varios días desperdigados en los lugares más inverosímiles. Y vasos, y botellas emparejadas con los objetos de adorno. Una máquina de escribir electrónica casi desaparecía bajo infinidad de hojas de papel de

copia mecanografiadas...

—Me maravilla que seas capaz de trabajar en este laberinto —comentó Savage mirando en torno.

—Te aseguro que no podría escribir ni una línea en otro lugar que no fuera éste. Aquí sé siempre dónde tengo cada cosa... Por ejemplo, esta botella.

La levantó en el aire, orgulloso y riéndose de la mueca de disgusto de su amigo. Encontrar dos vasos limpios resultó una tarea algo más complicada, pero al fin pudo

escanciar el licor y explicó:

—Una agencia me manda una mujer todos los días para que se ocupe de la casa. Pero les tengo rigurosamente prohibido que entren aquí, y mucho menos que toquen ni un solo papel. Uno debe saber mantener su independencia, si sabes lo que quiero decir.

Savage bebió sin replicar, sentándose en una butaca, para lo cual hubo de apartar un puñado de periódicos.

Los hojeó distraídamente, sin prestar atención a los grandes titulares que anunciaban el aterrizaje en Venus de la primera nave espacial tripulada de la historia. La humanidad había avanzado de un modo increíble desde que los primeros astronautas pisaran la Luna.

Sin embargo, en esa misma humanidad seguían acechando las mismas fieras de siempre. Locos, asesinos, degenerados cada vez más crueles, más insensibles y más difíciles de capturar...

De pronto, un pequeño titular bailoteó ante sus ojos. En los primeros instantes no le prestó atención. Después, abandonó el vaso y leyó de nuevo el titular y la breve nota que le seguía.

Buscó la fecha del periódico. Correspondía al día antes de la desaparición de Jean.

—¿Encontraste algo interesante? —indagó Marvin, tendido sobre unos almohadones.

—Sólo el anuncio de una conferencia.

—¿Conferencia?

—Olvídalo.

Se levantó como impulsado por un resorte. Se despidió y había desaparecido antes de que el periodista hubiera encontrado una frase ingeniosa o mordaz con que cerrar aquella noche que, para él, había sido como casi todas las noches.

Donald Savage condujo su auto por entre un tráfico que estaba espesándose paulatinamente. Había grabado en su mente una dirección del artículo periodístico, y la encontró treinta minutos más tarde después de atravesar el puente de Oakland.

Correspondía a un edificio de apartamentos, encajado entre otros muchos semejantes y despersonalizados. Examinó la lista de inquilinos y al fin entró.

Vio la puerta frente al ascensor y llamó al timbre con cierta premura. Hubo de repetir la llamada para que un hombre acudiera abrir, al tiempo que se abrochaba los botones de una camisa deportiva.

Donald dijo:

—Busco a Henry Sheckley. Supongo que es usted...

—Efectivamente. No me ha pillado en la cama por minutos. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He leído en un periódico atrasado que dio usted una conferencia sobre parapsicología hace unos días...

—Entre... ¿Es usted aficionado a esa ciencia, la practica quizá?

Savage entró, mientras el otro cerraba la puerta.

—Me llamo Savage —se presentó—, Donald Savage. No sé apenas una palabra de parapsicología, pero una amiga mía era una entusiasta de ella. La practicaba, y leí todo cuanto se publicaba sobre el tema. Su nombre era Jean Martin. He pensado que quizá la conoció...

—No sólo la conocí. Acudió a mi conferencia y tomó parte activa en el coloquio final... Pero usted habla de ella en pasado...

—Ha muerto.

—Oh, lo lamento mucho.

—Asesinada, profesor, aunque por exigencias de la policía debe mantenerse en secreto por el momento.

—Pobre muchacha... Era encantadora. Y extraordinariamente inteligente y sensitiva. Una mente de primer orden.

Savage arrugó el ceño.

—¿Está seguro?

—¿De su inteligencia? No me cabe la menor duda.

—¿Acudió sola a la conferencia, lo recuerda?

—Vino sola, efectivamente.

Donald no pudo evitar un gesto de contrariedad.

—Había albergado la esperanza de que alguien la acompañase. Alguien que quizá la asesinó, o que tal vez supiera algo definitivo sobre los últimos pasos que Jean dio después de salir del coloquio...

—Estaba sola. Hizo algunas preguntas muy inteligentes. Incluso se ofreció para una de las demostraciones, pero se ofrecieron tantos asistentes que elegí el que estaba más próximo al estrado.

—¿Qué demostraciones?

—Percepción extrasensorial, transmisión del pensamiento a distancia...

—¿Ella podía hacer eso?

El profesor sonrió. Dio un vistazo a su reloj y sacudió la cabeza.

—Tengo el tiempo justísimo. Soy catedrático en la Universidad. Pero le diré que sí, ella podía hacerlo. Y usted también si educara su mente debidamente —sonrió añadiendo—: La parapsicología ya no es cosa de brujos como años atrás.

Extrañas ideas danzaban por la mente de Savage. No obstante, Sheckley daba muestras de impaciencia y eso le obligó a decir:

—No quiero ser responsable de su retraso en la Universidad, profesor, pero quisiera hablar más extensamente con usted si no tiene inconveniente.

—Muy bien, le esperaré esta tarde a las cinco. Podré dedicarle todo el tiempo que quiera.

—Es usted muy amable, gracias.

Estrechó su mano y abandonó el apartamento.

De modo que un cerebro de primer orden, según la opinión del profesor de parapsicología...

Un cerebro... que le había sido extirpado, robado.

Mientras conducía el coche de regreso a la ciudad, este atroz pensamiento martilleaba una y otra vez en su mente. Alguien habría de pagar por el horrendo crimen.

CAPITULO V

EL hombre que era su jefe enarcó las pobladas cejas grises y exclamó:

—Es la historia más increíble que oí en mi vida... ¡Ladrones de cerebros! Asombroso.

—Necesito la ayuda del Departamento, señor.

—¿Para un asunto personal? Savage, sabe perfectamente que eso es inadmisible.

—Hagan una excepción por esta vez.

Desde el otro lado de la gran mesa, el hombre sacudió la cabeza, preocupado.

—Imposible —gruñó—. Usted es uno de nuestros mejores hombres. Para cierta clase de misiones, yo diría que el mejor. Sin embargo, las reglas del Departamento son muy rígidas, usted lo sabe. Le diré más; ni siquiera de modo privado puede usted emprender nada que sea factible de crear una situación en la cual pueda ser identificado.

Savage le miró con dureza.

—Le enviaré mi renuncia por escrito tan pronto salga de aquí, señor —dijo con voz semejante al chirrido de una sierra.

Giró sobre los talones y se encaminó a la puerta.

El hombre de la mesa quedó unos instantes desbordado por la súbita reacción de Donald.

Cuando éste alcanzaba la puerta rugió:

—¡Savage!

—¿Sí, señor?

—¡Vuelva aquí!

—No pienso cambiar de idea. Desde este momento, ya no acepto órdenes del Departamento.

—¡Condenación! ¿Quiere escucharme?

—Muy bien, hable. Pero mi decisión es irrevocable.

Regresó hacia la mesa y volvió a sentarse en la dura silla de los visitantes.

—¿Qué demonios le ha dado? Esa muchacha no era nada suyo. ¿O hay algo al respecto que yo ignoro?

—Habíamos intimado. Estaba considerando la idea de casarme con ella.

—¿Usted? —bufó el hombre—. ¿Casarse?

—Ciertamente.

—De modo que ya entonces pensaba renunciar...

—Así es. Usted sabe mejor que nadie que mi trabajo desgasta a un hombre tan rápidamente que está prácticamente acabado para el servicio mucho antes de lo que yo he resistido. En buena ley, debería estar retirado... o muerto.

—Usted es un caso excepcional. Yo no suelo equivocarme al juzgar a mis hombres. Usted está en magníficas condiciones todavía.

—Opino de otro modo. En este último trabajo en Tokio he advertido que también tengo nervios. Fue la primera vez y eso es un síntoma.

—Ya veo.

Ahora estaba preocupado y no trataba de disimularlo.

—Tómese un descanso —murmuró—. Un tiempo de relajamiento. Eso hace maravillas en hombres como usted.

—No me ha entendido, señor. Estoy acabado. Si ha leído mi informe con atención, se habrá dado cuenta de que no estropeé la misión por puro milagro.

—No fue culpa suya..., a menos que haya tergiversado los hechos.

—No he tergiversado nada. Pero... El otro le interrumpió con un gesto.

—Olvídelo, Savage. Cumplió y eso basta. Hablemos de esa ayuda que precisa ahora.

—¿Va a ayudarme?

El hombre esbozó una tensa sonrisa.

—Si es la única manera de conservarle en el servicio, habré de saltarme unas cuantas disposiciones. Veamos qué es lo que necesita.

Savage se relajó.

—Alguien extirpó el cerebro de Jean, señor. Según opinión de un médico, esa intervención fue practicada por un formidable cirujano, alguien muy hábil y experto. He pensado que quien fuere que cometió esa monstruosidad o está loco de remate o persigue algo muy concreto y entonces necesitaba el cerebro para alguna clase de experimento.

—Opino lo mismo.

—En ambos casos, tal vez sea posible encontrar la pista de un Cirujano que alguna vez fuera expulsado de la profesión a causa de su demencia o sus desatinos, o, por el contrario, que se distinguiera por sus investigaciones sobre el cerebro humano. Pero en ese último caso deberían darse unas circunstancias concretas que lo distinguieran, como por ejemplo haber experimentado en cerebros de cadáveres, o de animales vivos...

—Comprendo.

—Rastrear algo tan nebuloso como eso es tarea imposible para un hombre solo. Usted puede conseguir un despliegue de medios que nadie más en todo el país está en condiciones de movilizar en un instante. Hágalo en mi ayuda aunque sólo sea una vez.

—Me ha colocado usted entre la espada y la pared, Savage.

—Lo sé.

—De acuerdo. Pero no vuelva a pedirme ni siquiera la hora nunca más, ni con dimisión por delante. Le enviaría al infierno.

Savage esbozó una sonrisa.

—Me ha enviado usted a él en infinidad de ocasiones —dijo, levantándose—. Le llamaré regularmente para saber si hay noticias.

Se fue firmemente convencido de que, si había la menor pista sobre un cirujano de aquellas características, por remota que fuera, no tardaría en salir a la luz.

* * * Stella abrió la puerta y murmuró:

—Entra. Me has sacado de la cama.

Se había cubierto con una flotante nube azul semejante a una amplia túnica. A través de ella se adivinaban las suaves líneas de su hermoso cuerpo.

—Lo siento. ¿Tuviste turno de noche en el hospital?

—Ni siquiera fui a trabajar. Pedí a una compañera que me sustituyera... Pero no pude pegar ojo en toda j la noche. Quedarme

en casa fue un error. Por lo menos, en el hospital me hubiera distraído con el trabajo.

Cerró la puerta y le precedió al interior caminando descalza sobre la gruesa alfombra.

—Voy a preparar café —murmuró, soñolienta—. A juzgar por tu cara, necesitas un estimulante tanto como yo.

—No te equivocas. Yo tampoco he dormido… Ni siquiera me acosté.

—Acompáñame a la cocina y cuéntame qué estuviste haciendo.

—Confieso que tuve la intención de emborracharme por primera vez en mi vida —dijo, siguiéndola—. Incluso me busqué el mejor compañero del mundo para ese cometido…

—¿Frankie Marvin?

—Él mismo.

—Pero no te embriagaste…

—No pude.

—Supongo que, con tu estímulo, Marvin acabaría debajo de una mesa —sonrió la muchacha.

—Hube de llevarle a su casa para que en todo caso cayera en su propia cama. Stella maniobraba en la cocina automática. Cuando se volvió hacia él murmuró:

—Juzgando por la expresión de tu cara, creo que habrías salido ganando emborrachándote.

—No pude… Quiero cazar al maldito carnicero que mató a Jean.

—¿Tú? Para eso está la policía, digo yo. Ellos son expertos, Donald, Tienen experiencia, medios…

—No tanta experiencia como yo.

—¿De qué estás hablando? No me salgas ahora con que eres policía porque no lo creería en mil años.

El sacudió la cabeza.

—No —murmuró—. Algo mucho peor y que no puedo decirte.

—El misterio de que hablaba Jean…

—¿Qué?

—Hablábamos de ti a menudo. Nunca pude llegar a una conclusión definitiva sobre si ella te amaba verdaderamente o no. Pero aún comprendí menos la clase de trabajo a que te dedicas. Desapareces durante temporadas y nadie sabe una palabra de ti en semanas. Luego, de pronto, la llamabas desde cualquier punto

extraño del mundo como si eso fuera la cosa más normal y jamás le dabas explicaciones. Bueno, ¿qué eres realmente, un agente secreto, un espía o algo así?

—Vas a estropear el café.

Ella se volvió para retirar el recipiente del fuego. El grato aroma del café impregnaba el aire.

—No has respondido a mi pregunta —insistió mientras preparaba las tazas.

—¿Crees que si fuera realmente un espía te lo confesaría sin más ni más?

—Bueno, ¿cuál es el misterio entonces?

—Te dejo elegir la respuesta. Quédate con la que más te guste. Ese café huele de maravilla...

Stella soltó un bufido.

—Está bien, no insistiré —murmuró entre dientes—. ¿Cómo piensas descubrir al asesino?

—Hay varias pistas. La misteriosa mujer que acompañaba a Jean y que nadie parece conocer, el cirujano que cometió el crimen y que no puede ser un matarife vulgar juzgando por su habilidad... Sea quien fuere, te juro que le echaré el guante.

Estaban sentados ante la mesa de la cocina. El sorbió el café en el instante en que la muchacha le espetó:

—¿Por qué has venido a contármelo, Donald?

—¿Qué?

—Ya sabes... debe haber un motivo para que me hayas elegido como confidente. Savage la miró sorprendido.

—No se me había ocurrido formularme esta pregunta... No sé por qué vine, ésa es la verdad.

Stella sonrió.

—Quizá por el mismo motivo que yo estaba deseando verte esta noche —le dijo mirándole fijamente—. Porque me sentía muy sola, porque no podía borrar de mi vista aquella horrible pesadilla que vimos en la Morgue... Qué sé yo.

—¿Y deseabas verme «a mí»?

—Sí, Donald.

—Debes estar loca. No me cabe duda que tienes amigos más interesantes que yo.

—No muchos. Y todos muy superficiales. El arrugó el ceño,

mirándola intrigado.

—No te comprendo —dijo—, pero de cualquier modo me alegro. No sé por qué razón, pero me alegra que desearas verme a mí y no a cualquier otro de esos amigos superficiales...

—¿Eres capaz de ponerte romántico, Donald?

—Me siento viejo, creo. En este estado de ánimo un hombre puede cometer cualquier tontería.

Ella se echó a reír.

—Apuesto a que te pesan los años, realmente —dijo con sarcasmo—. ¿Por qué no pides la jubilación?

—Lo creas o no, la he pedido hoy... en cierto modo.

—¿Hablas en serio? El cabeceó.

—Algún día quizá pueda explicártelo, pero un hombre en mis condiciones está prácticamente acabado para el trabajo. Ya sé que parece absurdo. Hasta ridículo si quieres, pero es así y yo no soy tan tonto para no comprenderlo.

—Quien no comprende nada soy yo. ¿De qué trabajo estás hablando? El se encogió de hombros.

—Aquí es donde la conversación dará un giro de noventa grados. O hablamos de otra cosa o me marcho. Quiero acostarme un rato todavía.

—Puedes acostarte aquí si quieres. Hay sitio de sobra.

—Está bien, gracias. ¿Dónde está la cama?

—Detrás de esa puerta. Hay otra dentro que comunica con el baño.

Quedaron mirándose fijamente unos instantes sin que la leve sonrisa de la muchacha desapareciera de sus labios. Después, él también sonrió y la dejó sola.

Stella acabó su café, que ya estaba frío, y con pasos titubeantes, como si no estuviera muy segura del camino que debía seguir, fue a encerrarse en su propia alcoba.

CAPITULO VI

EL doctor Heller les miró con una extraña mueca en su cara cetrina.

—El cerebro piensa —dijo solemnemente—. Trabaja con absoluta normalidad y no da muestra alguna de declive en sus constantes vitales.

El jorobado pareció encogerse sobre sí mismo.

Charleen chupó voluptuosamente su cigarrillo y murmuró:

—De modo que lo ha conseguido, doctor...

—Esta primera etapa, sí.

—¿Y es usted capaz de descifrar lo que piensa?

—Aún no. De lo único que estoy seguro es que sus pensamientos son violentos, tumultuosos, juzgándolos por los terribles altibajos que acusa el electroencefalograma. Pero acabaré por descifrarlos también, aunque entretanto daremos principio a la segunda fase de mi trabajo, Charleen.

—¿No cree que se precipita un poco, doctor?

—En absoluto. La siguiente etapa, como ya expliqué una vez, consiste en lograr que un cerebro en esas condiciones pueda oír, ver y aceptar un cierto código por el cual hacerse inteligible a través de los gráficos electroencefalográficos.

Cassey soltó un sordo gruñido. Sentía un violento frío en sus miembros, como si de repente su sangre se helara.

Charleen no pareció alterarse poco ni mucho. Unicamente dijo:

—Si lo consigue usted, doctor, será el hombre más grande de la historia de la ciencia. Y el más rico y poderoso también.

—¿Rico? ¡Al diablo! No necesito dinero, ni poder. Lo que persigo es alzarme por encima de las mediocridades que me colgaron la etiqueta de demente, me expulsaron de la Asociación de

Medicina y me convirtieron en el hazmerreír de todo el mundo científico. Charleen ocultó una mueca de desprecio.

—Naturalmente, doctor. Eso quería decir exactamente.

—Estoy resuelto a empezar esa segunda etapa inmediatamente, Charleen, de modo que necesitaremos otro «donante»... Ya sabes lo que eso significa.

—Me pondré en acción hoy mismo. ¿Ha de ser una mujer, como usted dijo al empezar?

—Una mujer, por el momento. Ella asintió en silencio.

Cassey se levantó.

—Voy a salir —dijo—. Llevo demasiados días encerrado y estoy nervioso. Tal vez me vaya al cine.

—Como quieras. Hoy no voy a necesitarte, así que tómate el día libre.

El doctor Heller se despidió con un gruñido y abandonó la estancia para regresar a su laboratorio.

Charleen gruñó:

—¿No puedes disimular al menos? Si ese estúpido viejo sospecha...

—El sabe perfectamente que estoy nervioso, pero no por eso va a sospechar nada...

—Sería mejor que te quedases aquí...

—Olvídalo. Me largo al cine. Siento los nervios como cables de acero.

—¿Cómo los tendrás cuando llegue el momento de apoderarnos de los descubrimientos del profesor? Cassey, empiezas a preocuparme.

—¡Vete al demonio, Charleen!

Refunfuñando, el jorobado la dejó sola, cerrando de un portazo. Charleen se dedicó a pensar en su próximo objetivo.

Una mujer joven, sana, inteligente... y sola.

Una mujer sin familia que pudiera empezar a preocuparse por ella. De pronto se irguió en la butaca. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Jane Martin compartía un apartamento con otra muchacha. Claro que no era seguro que ésta también careciera de parientes cercanos. Habría que averiguarlo.

Y si no los tenía... Bien, ¿por qué no?

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y, levantándose, salió también de la casa dispuesta a no perder ni un minuto. Cuanto antes el médico triunfara, antes sería inmensamente rica.

Por una ventana alta, el doctor Heller la observó alejarse hasta que la hubo perdido de vista. La expresión del científico no era precisamente apacible en aquellos instantes, sino todo lo contrario.

—Maldita perra traidora —farfulló para sí.

Al apartarse de la ventana se acercó a la mesa adosada a un rincón de su espacioso dormitorio. Uno de los cajones estaba abierto, y en su interior había un pequeño y compacto receptor autónomo. Lo desconectó, cerró el cajón y dio vuelta a la llave, que se guardó en un bolsillo.

Sólo entonces se dirigió al laboratorio, donde Charleen y Cassey creían que estaba desde que se separara de ellos...

* * *

Donald Savage llamó a la puerta cuando faltaba un minuto para las cinco de la tarde. El hombre que le había citado sonrió al franquearle la entrada.

—Es usted puntual, amigo —comentó Sheckley—. ¿Qué le apetece, cerveza, whisky, algo frío...?

—Whisky, gracias.

—Estuve pensando en su visita de esta mañana —comentó mientras preparaba las bebidas—. No pude quitarme de la cabeza en todo el día que la pequeña Jean Martin estuviera muerta...

—Desgraciadamente, es cierto.

—¿Saben ya quién la asesinó?

—Aún no. La policía está trabajando en el caso, pero yo deseo esclarecer algunas cosas por mi cuenta. Jean era muy importante para mí.

—Claro, entiendo lo que quiere decir.

Le ofreció un vaso en el que tintineaba el hielo y él fue a sentarse en una butaca frente a la que ocupaba Savage.

—Ahora —dijo—, veamos en qué puedo ayudarle.

—Usted dijo que el cerebro de Jean era de primer orden. ¿Quiso decir exactamente que era muy inteligente?

—No sólo me refería a su inteligencia, que sin duda la poseía, sino a las cualidades de su mente. Era aguda, poderosa, capaz de captar profundamente cualquier tema que le interesase. Como la

parapsicología, por ejemplo, con todo lo que esta ciencia lleva consigo de dificultad. Jean podía resolver en menos tiempo que nadie de cuantos conozco el más enrevesado problema físico o matemático...

—¡Pero si ella no poseía estudios superiores! —exclamó Savage, incrédulo.

—Lo sé, y ahí está la certidumbre que tengo de sus poderosas facultades. Ella ignoraba hasta los rudimentos de la moderna física experimental. Pues bien, había resuelto problemas que sólo un científico con muchos años de experiencia estaba en condiciones de solucionar.

—No puedo creerlo.

—Estoy diciéndole la verdad. Por supuesto, no los resolvía por sí misma, sino por transmisión de pensamiento. El problema se planteaba a ella y a un científico simultáneamente. El científico estaba aislado en una habitación distante centenares de metros del lugar donde estuviera Jean... Ella captaba los pensamientos del físico y anotaba las elucubraciones de éste a medida que iba resolviéndolas. En buena lógica, ella no tenía ni la más remota idea de qué era lo que estaba haciendo ni cómo estaba resolviendo el enigma.

—Había oído hablar de esta clase de experimentos...

—Se han efectuado miles de pruebas en todos los países. Bien, para ser exacto, le diré que ésa era una de las más corrientes. Científicamente se realizan experimentos mucho más complejos.

—Comprendo. Y creo que debo decirle algo para lo cual no estoy autorizado. Confío en que usted guardará la más estricta reserva, profesor Sheckley.

—Naturalmente.

—A Jean le robaron el cerebro.

Sheckley se quedó boquiabierto, incrédulo.

—¿Pretende burlarse de mí? —jadeó—. No puedo creer que la asesinaran para..., para robarle el cerebro.

—Murió al serle extirpado. Todo el cerebro, profesor. Yo vi el cadáver y, según opinión del médico forense, la intervención fue realizada por un gran cirujano.

—¡Pero eso es espantoso, un crimen incalificable, Savage!

—Es mucho más que eso. ¿Comprende ahora mi interés por este

asunto?

—Claro que lo comprendo. Y ojalá pudiera ayudarle, cosa que dudo.

—La pregunta es ésta, profesor. ¿Cree usted que, dadas las condiciones de la mente de Jean, fue elegida para arrebatársela y experimentar con ella?

—No lo sé. ¿Cómo pudo alguien saber la clase de mente que ella tenía? Además, si le extirparon el cerebro para investigarlo se llevarían un gran chasco, porque, al separarlo del cuerpo, el cerebro muere, como cualquier otro órgano extirpado.

—¿Y si fuera para experimentar con él, o, lo que sería aún más horrendo, para trasplantarlo a otro ser humano?

—Eso es un imposible, Savage.

—Profesor, hace treinta y cinco años todo el mundo dijo que era imposible trasplantar un corazón humano, cuando un médico llamado Barnard lo intentó por primera vez. Hoy día los cirujanos cambian el corazón de una persona con toda facilidad y un noventa y siete por ciento de pacientes viven sin ningún problema con el corazón nuevo.

Sheckley titubeó.

—¿Es eso lo que usted piensa que han hecho con el cerebro de Jean Martin?

—No pienso nada concreto… aún. Es sólo una posibilidad que tengo en cuenta.

—Bien, digamos que muy remotamente, alguien puede abrigar la esperanza de conseguirlo. Pero personalmente opino que será un fracaso.

—Objetivamente, no nos interesa si es un fracaso o no, sólo si lo han intentado.

—¿Y dónde entro yo en este asunto, Savage? Porque no puede esperar que un lego en neurocirugía como yo pueda…

—No, profesor. Pero usted afirma que la recepción mental de Jean era poderosa. ¿No es así?

—Lo afirmo sin ninguna vacilación.

—Entonces, supongamos que alguien, por los medios que fueren, ha conseguido que ese cerebro no muera al ser extirpado.

—¿Qué…?

—¡Supongámoslo tan sólo!

—Está bien, adelante.

—El asunto es éste: ¿Puede un cerebro trasplantado captar otros pensamientos a distancia, o emitirlos? Esa es la pregunta capital que me ha traído aquí, profesor.

Sheckley dio un salto y se quedó rígido, helado, mirándole como si estuviera ante un ser de otro mundo.

—¿Habla usted en serio, Savage?

—Absolutamente.

Volvió a sentarse, estupefacto.

—Hablando en hipótesis, fíjese bien, amigo mío, en hipótesis, o en teoría si lo prefiere, yo diría que un cerebro, si por algún extraño milagro pudiera seguir vivo después de ser separado del cuerpo, podría continuar desarrollando su entera capacidad. Claro que eso parece más un absurdo que otra cosa, pero ésta es mi opinión.

—Hay algo que está dándome vueltas por la cabeza, ¿sabe usted, profesor? Y es que si Jean podía emitir sus pensamientos a distancia, o captarlos, su cerebro, en caso de estar vivo, podría seguir haciéndolo.

—Dejando aparte que un cerebro en esas condiciones no puede vivir, su actividad debería ser la misma que cuando… ¡Oh, maldita sea, estoy dejándome llevar por todas estas tonterías! Savage, creo que no sabe usted lo que está diciendo.

—A Jean le extirparon el cerebro. No fue un asesinato vulgar en absoluto. El cuerpo estaba intacto, sin un rasguño. Había sido preparada concienzudamente para la intervención, con todos los cuidados y adelantos de la moderna cirugía. Así que el bastardo que la operó lo hizo «única y exclusivamente» para obtener un cerebro vivo e intacto. Y sólo se me ocurre un motivo para que lo deseara… Que lo necesitaba para algún experimento del que nadie en el mundo tiene la más remota idea.

—Planteado así el problema…

—Otra vez, profesor. ¿Ese cerebro, si estuviera vivo, podría captar y emitir pensamientos a distancia, tal como hacen ustedes en sus experimentos de parapsicología?

—Efectivamente. Podría hacerlo.

Savage se recosió en la butaca y por unos instantes permaneció quieto y silencioso. Después espetó de repente:

—¿A qué distancia?

—Lo ignoro. Concretamente con Jean Martin, la máxima distancia a que habíamos experimentado creo que fue de unos quinientos metros. No sé si podía ser mayor en un caso extremo. Se han dado casos, concretamente en el Japón, de captar pensamientos a una milla o más, y efectuar comprobaciones extrasensoriales desde distancias increíbles.

Savage encendió un cigarrillo. Luego, sin mirar a su interlocutor, murmuró:

—Voy a pedirle algo que le parecerá aún más absurdo que todo lo que hemos hablado, amigo.

—¿De qué se trata?

—Usted había captado el pensamiento de Jean infinidad de veces, y ella el de usted…

—Y el de otros sujetos que tomaron parte en nuestros estudios.

—Ciertamente. Bueno, mi petición es que, vaya a donde vaya usted, intente en todo momento entrar en contacto con el pensamiento de Jean Martin.

Sheckley no se cayó de espaldas porque estaba sentado en la butaca, pero durante mucho rato fue incapaz de emitir una palabra.

Al fin, balbuceando, dijo:

—No puede hablar en serio, Savage.

—Muy en serio. No pierde usted nada concentrándose de ese modo en una dirección mental concreta. Y si por algún remoto milagro obtuviera éxito…

—Si obtuviera éxito creo que me volvería loco —refunfuñó el parapsicólogo entre dientes.

—¿Lo hará usted?

—Aunque en mi fuero interno esté convencido de que es un completo y ridículo absurdo, lo haré. Le aseguró, Savage, que durante las veinticuatro horas del día estaré tan concentrado como en el más difícil de mis experimentos paramentales.

Savage se levantó.

—Es cuanto deseaba de usted. Le quedo profundamente reconocido. Si… bien, si obtuviera algún resultado espero que me llame inmediatamente. Esta es mi tarjeta y éstos los teléfonos a los que puede llamar a cualquier hora. Hay un receptor automático y un avisador que me transmitirá su recado en cuestión de segundos si yo estoy ausente.

—Perfecto. Y lo crea usted o no, empieza a entusiasmarme este experimento. Nunca nadie ha intentado nada tan descabellado.

—Ojalá esta primera vez sea un éxito.

Se estrecharon las manos y Savage volvió a su coche.

El también creía que todo aquello no daría ningún resultado, pero intentarlo no costaba nada.

Condujo su bólido velozmente hacia el edificio donde estaban instaladas las oficinas del organismo secreto al que seguía perteneciendo a pesar de todo…

CAPITULO VII

—TENEMOS un nombre, Savage: Lawrence Heller.

—¿Quién es ese individuo?

Su jefe se recostó en el sillón y encendió un cigarrillo.

—Un cirujano. Un neurocirujano, para ser exactos. O, por lo menos, lo fue mientras ejerció.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, no le abrumaré con los detalles ni la larga lista de nombres que hemos reunido. Después de un exhaustivo trabajo de eliminación, sólo ha quedado ese Lawrence Heller. Fue expulsado de la profesión médica y declarado oficialmente loco. Vivió dos años encerrada en una institución mental y luego desapareció. Tal vez haya muerto...

—¿Por qué sólo ha quedado ese nombre, señor?

—Porque teniendo en cuenta lo que usted me contó, me ha parecido el único que podría haber intentado una salvajada tan incalificable... El sostenía la teoría de que la mente humana no muere con el cuerpo. Se le sorprendió con macabras intervenciones en cerebros de pacientes recién fallecidos en el hospital donde ejercía, sin tener permiso ni estar autorizado.

—Comprendo.

—Se armó un buen escándalo por aquellos años, aunque hubo interés en echar tierra al asunto por lo que las salpicaduras podían desacreditar a la profesión médica.

—Claro. ¿Qué es lo último que se sabe de ese hombre?

—Nada.

—Eso no es muy alentador...

—Lo último que hemos podido averiguar es que abandonó la institución mental y nunca más nadie volvió a verle ni a oír su

nombre, por lo menos en los círculos médicos del país.

—¿Tenía medios de fortuna propios?

—Al parecer, sí.

—¿Dónde?

—Ya hemos investigado también esta faceta. De haber dispuesto de su fortuna a través de algún Banco hubiera sido fácil seguirle la pista. Pero si disponía de dinero, lo llevó consigo cuando abandonó el manicomio.

—Lawrence Heller… —murmuró Savage—. Una aguja en un pajar, sobre todo si es nuestro hombre, porque en este caso tendrá sumo interés en permanecer oculto.

—¿Piensa usted iniciar su búsqueda, Savage?

—En cuanto salga de aquí.

—¿Sabe el riesgo que va a plantear a la organización?

—Lo sé.

—Ya veo.

Savage se levantó.

—¿Existen fotografías de Heller?

—Debe haber alguna en los periódicos de la época, o en el sanatorio… Y, por descontado, en la Asociación de Médicos.

—La conseguiré. Y tal vez haga las cosas de modo que sea él quien me busque a mí. Salió apresuradamente, con un arriesgado proyecto danzando en su mente.

Un proyecto que haría saltar hasta el techo al capitán Page y a cuantos policías estaban trabajando en el caso.

Una hora más tarde disponía de una fotografía del doctor Heller. La fotografía databa de unos diez años atrás, y mostraba a un hombre de ojos saltones y desorbitados, frente ancha y despejada y cabellos revueltos en los que ya entonces brillaban algunas canas.

Con la fotografía en su poder, y su complicada idea danzando sin cesar en su cerebro, Savage desperdició más de dos horas para localizar a Frankie Marvin.

Finalmente, lo encontró en un tugurio de mala fama interrogando a cierto indeseable, con una botella vacía entre los dos y espesos vapores de alcohol enturbiando el ambiente.

—Tengo algo grande para ti, Frankie —le espetó Savage, obligándole a abandonar aquella mesa—. Algo como no has soñado nunca.

—Déjame terminar con es tipo, Donald... He invertido una buena cantidad en él y no voy a desperdiciar mi dinero.

—Cinco minutos. Después de ese tiempo ofreceré mi notición a tus competidores.

—¡Tú no puedes hacerme eso a mí, maldita sea!

—Cinco minutos.

—Está bien. Empieza a cronometrar, bastardo del demonio...

Cinco minutos más tarde, la bola empezaba a rodar. Y era de tal magnitud que el reportero, estupefacto, creyó que a su paso arrasaría a los competidores hasta borrarlos de la faz de la tierra.

Incrédulo, balbuceó al final:

—Donald, no queda tiempo para hacer comprobaciones antes de que mi programa salga al aire..., de modo que si toda esta historia es una burla, o un truco, me hundes para el resto de mis días. ¿Te das cuenta?

—Lo sé. Y todo es cierto, hasta el último detalle.

—¡Los televisores sacarán chispas...!

—Y tú también, porque tan pronto hayas soltado el reportaje la policía te caerá encima como una manada de lobos. Ellos mantienen todo el caso en secreto por el momento.

—¡Al diablo! Ya me ocuparé de ellos cuando aparezcan. Vamos, y si todo esto resulta cierto pídeme lo que quieras.

—Todo lo que te pido es que lo lances al espacio.

—Eso está hecho.

Salieron disparados del tugurio, rumbo al estudio de grabación del más difundido programa informativo de los que poblaban las cadenas de televisión.

* * *

Heller había quedado igual que paralizado, estático, los ojos desorbitados fijos en la pantalla televisiva empotrada en la pared.

Jadeaba igual que si le faltara el aliento y se sentía incapaz de hablar.

Eso era una ventaja para Cassey y la hermosa rubia, que no estaban menos asombrados que él.

Al fin fue la mujer quien balbuceó:

—¿Cómo han..., cómo han podido encontrarla? Cassey pareció encogerse sobre sí mismo.

El profesor Heller boqueó hasta que recuperó la voz. Entonces

dijo con voz que era un rugido:

—¡Estúpidos ineptos! ¿Se dan cuenta de lo que eso significa-? ¡La han encontrado y ese individuo sabe incluso a quién debe buscar!

—No puede ser cierto. ¿Cómo va a saber ese tal Savage...?

—¡Cállate! —bramó Heller—. ¡Te dije que lastraras el cuerpo, para que jamás saliera a flote! ¿Qué hiciste, arrojarla sin más ni más a la bahía?, —¡No pude hacer otra cosa! Llegó un coche cuando... Bueno, iban una pareja en él y casi me sorprendieron. No podía volver atrás ni entretenerme en atarle hierros a los pies...

Heller se llevó las manos a la cabeza. Deseaba estrangular al jorobado, y tal vez lo hubiera hecho de no mediar Charleen.

—No perdamos la cabeza, profesor —dijo, serenándose—. Todo lo que ese hombre sabe es que el cadáver de la mujer fue mutilado por un hábil cirujano. Lo demás es retórica, relleno de los reporteros para dar emoción e intriga a su programa.

—Ese Savage sabe mucho más que eso —Heller dio un puñetazo sobre la mesa, lleno de cólera—. Asegura que sabe incluso a qué cirujano debe buscar...

—Pero no ha mencionado ningún nombre. Un simple *b l u f f* , estoy segura.

El profesor se paseó de un lado a otro de la estancia como una fiera enjaulada. Rechinaba los dientes cada vez que su mirada caía sobre el jorobado, pero éste no se daba cuenta porque evitaba mirarle en todo momento.

De pronto, Heller barbotó:

—Hay que eliminar ese peligro, Charleen.

—¿Se refiere a Savage?

—Evidentemente —gruñó, sarcástico—. No puedo referirme a nadie más. Cassey puede hacerlo.

—Ni lo sueñe. ¿Cómo piensa que puedo vencer a un individuo semejante?

—No lo sé. ¡Ni quiero saberlo! Es asunto tuyo y lo harás aunque sólo sea para reparar en parte el daño que has provocado con tu estúpido comportamiento.

—¡Pero ese Savage es un atleta! ¿No lo ha visto usted?

—Las balas acaban igual con los atletas si van bien dirigidas.

—En mi vida he disparado un arma, profesor. No cuente

conmigo. Charleen terció esforzándose por suavizar la situación:

—Hay otros medios, Cassey. Gente dispuesta a hacerlo por dinero.

El jorobado dio un respingo.

—¡Tienes razón, Charleen!

—No quiero que intervengan extraños en este asunto, y eso es definitivo —Heller les miró alternativamente y añadió—: Cuanta más gente conozca lo que no debe conocer, más riesgos para mí.

—No tiene por qué aparecer usted en ningún momento —insistió Charleen—. Cassey conoce toda clase de gente... Hará las cosas como si se tratara de algo personal, exclusivamente suyo. ¿No es cierto, Cassey?

—Por supuesto que sí. Todo es cuestión de pagar a los hombres adecuados, profesor. Heller aún titubeó. Estaba fuera de sí, y pensaba única y exclusivamente en el éxito de sus trabajos.

—Muy bien —accedió al final—. Pero esta vez asegúrate de que haces un buen trabajo, porque si fracasas también...

El jorobado se estremeció y por un instante la ira relampagueó en su mirada. Luego, levantándose, preguntó:

—¿Hasta qué cantidad de dinero puedo ofrecer?

—Lo que sea necesario, no importa la suma.

—Muy bien.

Salió con una profunda sensación de alivio. Sentía un temor casi supersticioso por el profesor, y al mismo tiempo le detestaba con toda su alma.

El personalmente hubiera preferido alquilar asesinos para matar a Heller. Pero si lo hiciera, jamás volvería a obtener la generosa paga de que gozaba todos los meses...

De modo que los asesinos se ocuparían del tal Savage.

Heller habría de esperar hasta que hubiera terminado sus experimentos.

CAPITULO VIII

AL quedar solos, Heller dirigió su mirada aguda y penetrante a la hermosa mujer y gruñó:

—¿Te ocupaste de lo que te encargué? Charleen esbozó un gesto de contrariedad.

—Naturalmente. En cuanto usted me habló pensé inmediatamente en la muchacha que compartía el apartamento con la primera... Con Jean Martin. Hice las averiguaciones necesarias y descubrí que no tiene familiares, excepto una tía lejana en Buffalo. Pero ahora, esa chica ya no sirve.

—¿Por qué no?

—A causa de esa información que acaban de transmitir, profesor. ¿No comprende? Si yo me presentara a ella con un falso recado de Jean llamaría a la policía inmediatamente.

—No veo que tengas ninguna necesidad de ir con falsos recados. Inventa cualquier otra historia que no esté relacionada en absoluto con su compañera de apartamento.

—¿Y si Jean le habló de mí? Recuerde que anduve con ella de un lado a otro durante tres o cuatro días. Pudo hablarle en cualquier momento de su nueva amiga Charleen.

—Cambia de nombre.

—No me conviene, profesor. Prefiero buscar a otra. Soy yo quien corre el riesgo, ¿recuerda? De modo que lo haré a mi manera.

—Y perderemos semanas antes de que tengamos un nuevo «donante». Habrás de localizarla, investigar sus datos familiares, sus aficiones, si está sana o no, entablar contacto y convencerla... ¡Semanas desperdiciadas! —estalló el científico, colérico.

—Pero por lo menos será seguro que no sucederán percances. Y la seguridad es tan importante como el éxito de su trabajo. Por lo

menos, usted lo ha repetido así infinidad de veces.

Heller rechinó los dientes. Eso era cierto. Pero había otros factores para que su cólera no se aplacara.

—Te doy cinco días —dijo al final—. En cinco días quiero a una mujer aquí, sana, inteligente y en perfectas condiciones.

Charleen estuvo a punto de replicar, negándose. Luego lo pensó mejor y apretó los dientes, iracunda.

—Está bien —asintió—. Cinco días.

Atrapó su bolso de un zarpazo, se dirigió a la puerta contoneando provocadoramente su soberbio cuerpo y salió cerrando de un portazo.

Desde la ventana, Heller la vio salir y poner en marcha su lujoso coche deportivo. Entre dientes, como si hablara consigo mismo, refunfuñó:

—Maldita víbora... si fracasas te ajustaré las cuentas antes de lo que imaginas...

Esperó hasta ver desaparecer el coche y después giró sobre los talones y muy preocupado se encaminó a su gabinete de trabajo.

* * *

El capitán Page no había saltado hasta el techo al enterarse del reportaje que había sido transmitido en el noticiario televisivo. Pero su ira se acumuló de golpe tiñendo de rojo su cara y haciéndole desear que alguien le cortara la lengua a Savage, como premio a su incalificable indiscreción.

Precisamente estaba acariciando tan alentador pensamiento cuando uno de sus hombres le anunció la presencia del objeto de su cólera.

—¿Savage? —casi chilló—. ¡Tráigalo!

Donald entró en el despacho con su calma habitual.

—Siéntese —ladró el policía—. La próxima vez que tenga deseos de popularidad escriba un libro, o arrójese de un avión sin paracaídas, o... ¡Maldita sea! Haga lo que quiera, pero mantenga la boca cerrada. ¿Comprende lo que quiero decir, señor?

—Si hay alguien que detesta la popularidad, capitán, soy yo.

—¡No me diga!

—Mi aparición en las pantallas de televisión no estuvo motivada por afán de popularidad precisamente.

—Claro que no —admitió el capitán con evidente sarcasmo—.

Sólo pensó en ayudarnos a nosotros, los pobres policías.

—En parte, así es.

—Explíquemelo en mi idioma, ¿quiere? Usted se presentó en ese programa dejándose entrevistar sobre el hallazgo del cadáver de su novia. Lo hizo muy bien, Savage, explicando lo que habían hecho con ella. Apuesto a que media nación se estremeció de horror ante los escalofriantes detalles que usted aportó. El robo del cerebro, la intervención quirúrgica realizada por unas manos magistrales, la intervención de un cirujano extremadamente hábil... que incluso usted conoce según dijo. Ahora, después de toda esa sarta de indiscreciones, dígame cómo piensa que eso pueda servirnos a nosotros.

—Porque yo sé quién es el médico que mutiló a Jean. O, por lo menos, tengo la casi seguridad.

Page casi se ahogó.

—¿Que usted...?

—Se llama Lawrence Heller.

Explicó quién era Heller, detallándole al capitán todo lo que sabía sobre el médico loco. Al final añadió:

—Imagino que Heller se cuidará muy bien de ocultarse, si en realidad es el culpable, tal como yo creo. De modo que hay dos opciones, Page; o ustedes, con toda su organización, le sacan de su cubil, o él decide que yo significo un riesgo demasiado grande para dejarme vivir, con lo cual habrá de salir y matarme.

Page se quedó mirándole boquiabierto. Savage añadió:

—En cualquiera de los dos casos, habrá de salir al descubierto, o bien acosado por la policía, o para matarme si piensa que el médico de quien hablé por televisión es él, como dejé entrever por los antecedentes que expuse.

—Ya veo. Está usted loco, Savage. Si ese individuo reacciona tal como usted imagina, le matará porque él le conoce por haberle visto en la pantalla, pero usted no tiene ni la más remota idea de cuál es su aspecto actual.

—No podrá, Page.

—Cualquiera podría en estas circunstancias. El está en condiciones de aproximarse a usted en cualquier momento. Usted no sabrá de quién se trata hasta que ya esté muerto.

—Es un cirujano loco, no un pistolero profesional. Y ni que lo

fuera podría inquietarme.

Page arrugó el ceño.

—¿Qué hay detrás de su seguridad, Savage?

—No le gustaría saberlo. ¿Va usted a organizar la búsqueda de ese hombre, capitán?

—Por supuesto.

—He reflexionado mucho sobre este asunto, Page. Pienso que ustedes no habrán mantenido en secreto otros asesinatos similares, ¿no es cierto?

—¿Quiere decir otras víctimas a las que les hayan extirpado el cerebro?

—Ciertamente.

—Jamás nos habíamos encontrado con otro caso igual, puedo jurarlo. A menos que si hubo otras víctimas las hicieran desaparecer con más efectividad que a esa pobre chica.

—Si hubiese sido así, tendrían práctica, experiencia en ese cometido, de modo que Jean no hubiera sido encontrada en la bahía tampoco. Eso fue una torpe chapuza, lo que me hace pensar que, si no hubo otras que ustedes ocultaran, Jean Martin fue la primera víctima.

—¿Y adónde nos lleva eso?

—A que pueden haber otras.

Page casi se levantó de un brinco.

—¿Otras? —bufó—. ¿Por qué lo cree usted así?

—Es sólo una idea. Imagino que tal vez el experimento que ese maldito carnicero planeaba le falló, o no dio resultado… Si fuera así, necesitaría otro cerebro… «vivo».

—Comprendo lo que quiere decir. No es un pensamiento alentador precisamente. Pero creo que estamos dando demasiadas cosas por hechas, Savage. En primer lugar, ni siquiera sabemos si lo que el criminal quería era efectuar experimentos con ese cerebro…

—Yo creo que ésa era su idea. Por lo demás, espero que le saquen pronto de su escondrijo antes que mate a otro ser humano. O que salga para cazarme a mí… porque en este caso le aseguro que jamás volverá a experimentar con nadie más, como no sea con el diablo.

Savage se levantó. No le dio tiempo al capitán para replicar y dijo como despedida, ya junto a la puerta:

—Avíseme si averiguan algo concreto respecto a Heller. Tengo derecho a ello después que le he servido el nombre en bandeja, casi empaquetado y atado con una cinta de colores.

Ya se había cerrado la puerta cuando Page soltó un bufido de cólera mal contenida. Luego, conectó el videoteléfono interior y comenzó a dictar órdenes con la velocidad de una ametralladora.

CAPITULO IX

STELLA se le antojó la encamación del más sublime sueño amoroso que un hombre pudiera imaginar en toda su vida.

Cierto que llevaba una prenda flotante que le cubría de los hombros a los pies descalzos. Cierto que esa prenda tenía notables semejanzas con las túnicas griegas que muestran los noticiarios de historia antigua...

Pero cierto también que el material sintético con que había sido confeccionada la túnica era de una suave transparencia opaca que convertía su cuerpo en el más prometedor misterio que Savage enfrentara en su larga experiencia.

Cuando la muchacha hubo cerrado la puerta, él dijo:

—Podría cometer una barbaridad con todos los pronunciamientos favorables, y tú deberías saberlo y vestirte de otro modo.

—Estaba sola, en mi propia casa. Si no te gusta lo que ves, puedo abrir esta puerta de nuevo.

—Dale vuelta a la llave antes que esta idea nefasta tome cuerpo en tu mente. Stella rió.

—Eliges las horas más inesperadas para tus visitas, querido. ¿Cenaste ya?

—Aún no. Pensé que quizá te gustaría cenar conmigo.

—No puedo ofrecerte un menú muy variado...

—Sólo vístete de modo que puedas salir a la calle sin armar un conflicto público. Conozco un lugar donde sirven la mejor carne que hayas probado jamás.

—Eso parece prometedor. Mientras me visto podrías ponerme al corriente de tus adelantos en la investigación, Donald.

—No he adelantado mucho...

Ella entró en su dormitorio y dejó la puerta abierta para poder seguir hablando.

Savage fue al aparador y se sirvió un whisky con hielo. Con el vaso en la mano preguntó:

—Por casualidad, ¿oíste alguna vez el nombre de Lawrence Heller, Jinda?

—¿Heller? No recuerdo... ¿Quién es?

—Estoy casi seguro que el cirujano que mató a Jean.

Sonó una ronca exclamación en el dormitorio. Savage saboreó el whisky y añadió:

—Pensé que quizá Jean lo mencionara alguna vez... O quizá se refiriera a él con otro nombre. ¿Nunca te habló de algún médico que hubiera conocido recientemente?

—Estoy segura que no.

—Bueno, hubiera sido demasiada suerte.

—Si es realmente un cirujano debiera ser fácil de localizar, Donald...

—Fue expulsado de la profesión hace muchos años. Desapareció después de pasar una temporada en un sanatorio mental.

—¡Oh, un loco!

—Más o menos. ¿Te falta mucho?

—Un minuto...

—Cambiando de tema, linda, me pregunto si ya estás segura de ti misma.

—¿Qué? Oh, ya recuerdo...

—¿Lo estás?

—Sí, Donald.

El se estremeció. Dio un paso hacia aquella puerta abierta.

Un leve zumbido apenas perceptible le detuvo en seco. El discreto avisador de bolsillo estaba llamando.

Lo sacó, conectándolo. Al instante, la metálica voz del reproductor telefónico surgió del aparato, no mayor que una antigua caja de cerillas:

«Señor Savage, le habla Henry Sheckley. Es la segunda vez que llamo, así que le dejo el recado. Creo que estoy obteniendo algo, confuso todavía, muy confuso. Necesito verle. Llámeme cuanto antes.»

La voz se extinguió. Al guardarse el receptor, Stella estaba en la

puerta del dormitorio y comentó:

—Esa voz... ¿Dijo que era Sheckley?

—Si. ¿Le conoces?

—Personalmente, no. Pero Jean hablaba a menudo de él. Es un parapsicólogo o algo así. Da conferencias, realiza experiencias y estudios sobre...

—Lo sé, lo sé. Voy a llamarle, si no te importa.

—¿Va a estropearnos la cena, querido?

—Aún no lo sé.

Descolgó el teléfono. La voz de Sheckley sonó en su oído casi al instante, —¿Es usted, Savage? Me alegra de haberle localizado.

—¿Qué es lo que ocurre?

—No lo sé. ¿Podría verle esta noche?

—¿Ahora?

—Cuanto antes.

El titubeó. Miró de reojo a la maravillosa belleza que le acompañaba. Hizo una mueca y asintió:

—De acuerdo —dijo—. Estaré con usted antes de media hora. Colgó, volviéndose.

—De modo que adiós cena —murmuró la muchacha.

—Sólo un retraso. ¿Te importa?

—No, si me llevas contigo.

—Preciosa, temo que tu presencia turbará la mente del hombre que voy a ver hasta el extremo de desperdigar su concentración parapsicológica, o como se diga. Sobre todo, con ese escote. ¿O te falta todavía la parte superior del vestido?

—Está completo. ¿No te gusta?

—¡Completo! ¿A qué llamas tú...?

—Iré contigo de todos modos, aunque deba ponerme un abrigo de pieles encima.

—Me gusta verte tal cual, con tu propia piel. Vámonos.

Había dejado el coche delante del edificio. Abrió la portezuela para que Stella se acomodara, y en el momento en que se agachaba para cerrarla un arma tronó en algún lugar y el proyectil zumbó al lado de su oreja.

—¡Tírate al suelo! —rugió, apartándose para alejar las balas de la muchacha.

Rodó sobre la acera. Aún hubo otro disparo y luego un auto se

alejó como una centella. Savage saltó por encima de la carrocería de su bólido, encajándose en el asiento.

Arrancó brutalmente con la turbina chillando ante la salvaje acelerada.

—¡Querían matarte! —gritó Stella.

—Eso parece.

Las luces piloto del otro coche casi se perdían en la distancia. Savage sorteó el tráfico sembrando la alarma y el desconcierto, esquivando por pulgadas el encontronazo fatal con otros vehículos y unos instantes después el bólido volaba materialmente ganando terreno sobre el pesado coche de su atacante.

—¡Sujétate, linda, ponte los cinturones! —gruñó, doblando para enfilar la rampa de la *V í a Rápida número 1*.

El viento aullaba contra la estilizada carrocería mientras el cuentamillas parecía haberse vuelto loco.

Stella recobró la serenidad y se ajustó el firme arnés de los cintos de seguridad. No

recordaba que hubiera viajado a una marcha semejante en todos los días de su vida.

La distancia entre los dos vehículos, lanzados a una velocidad endiablada por la autopista especial de gran velocidad, se había reducido ahora sensiblemente. Savage permanecía relajado en el asiento, controlando el volante con suavidad, consciente de que, a doscientas millas por hora, la brusquedad en cualquier maniobra lanzaría el coche por los aires.

Y el indicador aún ascendió más mientras el mundo parecía pasar a los lados con el vértigo de un meteoro.

Con voz un tanto alterada, la muchacha susurró:

—¿Crees que es ese médico quien ha intentado matarte?

—No me sorprendería.

—A esa velocidad nos vamos a matar, Donald...

—Confía en la suerte.

—Vaya un consuelo...

—En la suerte y en estas nuevas autopistas. Si fueran como las de años atrás ya habríamos saltado en pedazos...

Adelantó a velocidad de vértigo a una fila de coches cuyos conductores aún no se habían repuesto del paso del coche perseguido. Aceleró un poco más aún. Stella cerró los ojos y se

afianzó como pudo en el asiento anatómico, afirmando con fuerza los pies en el piso.

—Ya los tenemos —gruñó Savage al salir de una suave curva.

El gran coche estaba ya al alcance de un arma, pero Donald no hizo nada por empuñarla. Le sacó algunas millas más al bólido y se apartó a la izquierda. Cuando estuvo mucho más próximo al otro vehículo descubrió que eran dos los hombres que lo tripulaban y eso fue lo que le decidió a cambiar de táctica.

—Pistoleros —dijo—. Me pregunto cómo un simple cirujano puede tener las relaciones necesarias para conseguirlos...

Deslizó la mano derecha dentro de una pequeña guantera y cuando la sacó empuñaba una ligera pistola como Stella no había visto otra semejante en toda su vida.

Savage cambió el arma a la izquierda y disparó. No sonó ningún ruido, pero en la parte posterior del enorme *sedán* se produjo una pequeña explosión que pulverizó el cristal y una buena parte del metal que lo rodeaba.

Stella contuvo un grito. El gran coche comenzó a dar bandazos, y sólo por la pericia del conductor consiguió sostenerse sobre sus cuatro ruedas.

—¡Donald! ¿Qué...?

—¡Calla ahora!

Volvió a disparar. Por una fracción de segundo Stella pensó que había fallado el tiro. Luego, el estallido semejante al primero se repitió, sólo que esta vez en el interior del vehículo.

Al instante, el coche giró vertiginosamente, despegándose del suelo. Savage dio un ligero toque al volante y hundió el acelerador hasta el fondo.

El bólido brincó hacia adelante, pasó a unas pulgadas tan sólo del otro mientras éste giraba en el aire, y luego perdió velocidad, frenando con extraordinaria suavidad.

El *sedán* voló por encima de la valla que cerraba la pista, pegó de lleno contra unas rocas y dando tumbos pareció encaramarse por ellas. Rebotó con un estruendo terrible y se hizo pedazos al fin, en el instante en que una sorda explosión esparcía en torno a los restos la feroz llamarada del combustible.

Temblando, Stella se cubrió la cara con las manos ahogando un quejido de angustia.

Savage comentó:

—Hubiera preferido cazarlos vivos...

—Ha sido espantoso, Donald.

—Piensa que pudimos ser nosotros los que volásemos por los aires. Eso hará que te sientas mejor.

Reanudó la marcha y durante unas millas ninguno de los dos pronunció una palabra. Al fin, fue la muchacha quien rompió el silencio.

—Donald... esos disparos...

—¿Qué?

—Nunca había visto nada semejante.

—Es un arma especial. Olvídalo.

—¿Olvidarlo? ¡El segundo disparo le dio al conductor!

—Ya lo sé.

—¿Qué clase de hombre eres? ¡Le hiciste pedazos, pude verlo antes que el coche saltara!

—Yo también lo vi.

—¡Pero el hombre explotó!

—También lo vi. ¿Crees que para mí fue agradable? Ella calló, recostándose en el asiento.

Savage vio una salida de la ruta para cambiar de vía y tomar la de regreso. Condujo por el desvío a velocidad moderada, ceñudo y silencioso.

Cuando estuvieron rodando de regreso a la ciudad, gruñó:

—No pensé que empleara pistoleros. ¿De dónde los sacaría?

—¿No has pensado que uno de esos dos hombres podía ser el propio médico?

—Tal como han sucedido las cosas, no. Si pudo contratar un pistolero no necesitaba arriesgarse él. Le salía más a cuenta pagar a dos y que le dieran el trabajo hecho... Lo

sorprendente es cómo les conoció, cómo podía contratar especialistas de este tipo. Hoy día no es como cuarenta años atrás... No abundan, si sabes lo que quiero decir.

—No creo que eso importe demasiado ahora.

—No, ciertamente, no importa, excepto en lo que atañe al futuro. Si ha contratado a dos, puede contratar a otros sin necesidad de que actúe él abiertamente, como yo había esperado.

Stella no replicó. Pensaba con nostalgia en la agradable cena que

se habían perdido, en lo que la noche pudo haber sido y no fue…

CAPITULO X

HENRY Sheckley parecía desconcertado cuando explicó:

—Es algo insólito de cualquier modo, Savage. Hubiera jurado que Jane Martin trataba de ponerse en contacto mental conmigo, igual que lo habíamos hecho en infinidad de ocasiones...

Stella sintió un escalofrío, como si la rozara el helado aliento de la muerte. Donald dijo:

—¿No está usted seguro?

—Es imposible estar seguro de una cosa como ésta..., sin embargo, tal como le prometí, seguía manteniéndome en constante tensión mental, alerta por si el milagro se producía.

—¿Qué pasó después?

—Nada... La sensación se desvaneció, pero le juro que quedó dentro de mí la certidumbre de que, fuera lo que fuese, aquello no lo había experimentado nunca.

—Veamos si puedo comprenderle, profesor. Si diésemos por sentado que el cerebro de Jane pudiera emitir alguna clase de mensaje, algún pensamiento para que fuera captado por otra mente semejante a la suya, ¿podría ser captado por usted?

—Si ella estuviera viva, sí.

—¡Ella murió, Sheckley! Estamos hablando de su cerebro, partiendo del supuesto de que esté vivo.

—Bien, claro que... Sí, podría recibir su pensamiento.

No olvide que es algo que ya habíamos realizado ella y yo en multitud de ocasiones.

—¿Y usted podría comprender lo que ese cerebro le dijera?

—No me atrevo a afirmarlo rotundamente... Dependería en todo caso del modo como hiciera llegar sus ideas hasta mí... o de la naturaleza de esas mismas ideas.

—Entonces, ¡por todos los diablos, inténtelo!

—¿Y qué cree usted que estuve haciendo desde nuestra última entrevista? No soy ningún mago, Savage. Sólo en esa ocasión, en plena carretera, me pareció como si ella intentara un contacto.

—¿Cómo lo hizo?

—¿Cómo hizo qué?

—Intentarlo. ¿Le «habló» de algún modo?

—Verá... cuando se establece un contacto mental, en el fenómeno de transmisión de pensamiento, uno se concentra en el individuo cuya mente desea penetrar. «Piensa» sólo en ese objetivo, se mete materialmente en la mente del sujeto. Si se consigue, por regla general uno advierte una tirantez en todos los nervios, una tensión extraordinaria, y «siente» que forma parte de esa otra mente. Pues bien, eso fue lo que experimenté yo en aquellos breves instantes.

—¿Ya no volvió a sentir nada semejante después?

—En absoluto, —¿Ha pensado por qué?

—No concretamente... porque tampoco estaba seguro de haber captado el pensamiento de Jean.

Savage encendió un cigarrillo, profundamente inquieto.

—Usted dijo que la distancia a la que uno puede captar los pensamientos de otro ser es limitada, Checkley...

—Es cierto.

—Con Jane había hecho pruebas hasta a quinientos metros de distancia. Pruebas satisfactorias quiero decir.

—Aproximadamente ésa fue la distancia. Pero es sólo un dato sin mayor valor, porque se han conseguido resultados a distancias mucho más largas.

—Usted dice que regresaba de Farlane. ¿Recuerda el lugar exacto de la carretera en que tuvo esa sensación?

—Lo recuerdo... ¡Demonios! No se me había ocurrido pensar en eso, Savage.

—A mí acaba de ocurrírseme. Si fuera cierto que esa fuerza mental intentó llegar hasta su mente, profesor, quizá no lo consiguió porque usted se alejó rápidamente del radio vital de esa honda, por llamarla de algún modo.

—Usted quiere decir que el punto desde el que partía la energía mental de Jean está cerca del lugar de la carretera donde yo lo

capté… ¿Es así, Savage?

—Ni más ni menos. ¿Podríamos ir a ese punto de la carretera e intentarlo de nuevo?

Sheckley esbozó un gesto de fastidio.

—Estoy sumamente agotado, Savage, tanto física como mentalmente… Impartí mi cátedra en la Universidad, asistí a esa conferencia tomando parte activa en ella. Hube de conducir casi doscientas millas… Lo siento, no creo que esté en las mejores condiciones para una prueba que exigirá un tremendo esfuerzo.

—Lo comprendo. ¿Cuándo cree que podríamos realizar la prueba entonces?

—Tan pronto haya descansado un poco… Cuatro o cinco horas por lo menos. Necesito relajarme al mismo tiempo.

—De acuerdo. Vendré a buscarle antes del amanecer si no tiene inconveniente.

—Estaré esperándole.

Se despidieron profundamente intrigados. Stella murmuró cuando llegaban al coche:

—Me resisto a Creer en algo tan fantástico, Donald.

—La parapsicología no es nada fantástico hoy día. Ha sido reconocida como otra rama de la ciencia por todas las Universidades del mundo.

—No me refiero a eso, sino a que el cerebro de Jane pueda… ¡Oh, Dios, si fuera cierto sería la monstruosidad más espeluznante de la historia!

—De momento es sólo una posibilidad remota. Y ahora creo que tú y yo necesitamos relajarnos también, como dijo Sheckley. ¿Te apetece la cena todavía?

—Se me quitó el apetito, pero aceptaré una bebida fría en cualquier lugar donde haya gente, animación, bullicio… donde pueda aturdirme un poco.

—Perfecto.

Savage aceleró un poco. Stella se deslizó en el asiento y recostando la cabeza en el hombro de él, dejó que el viento jugara a su antojo con su larga cabellera.

* * *

El doctor Heller miró a Charleen como si quisiera fundirla con el fulgor de sus pupilas.

—Lo he intentado —explicó la hermosa mujer—. He frecuentado los más selectos clubs, entablando diálogo con multitud de mujeres. Ninguna reunía las características que se necesitan. Mañana probaré otra vez.

—Y si no, pasado mañana, o el otro… ¿Por qué no dentro de un mes, querida Charleen? —acabó con sarcasmo.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, profesor.

—¡No es bastante!

—¿Qué quiere, que le traiga a la primera pelandusca que encuentre en una esquina? Heller barbotó un juramento entre dientes.

—Esa mujer de que hablaste…, la que compartía el apartamento con la otra. Búscala. Dijiste que no tiene familia.

—Le repito que es demasiado arriesgado para mí. Si Jane Martin le habló de mí, esa chica llamará a la policía en cuanto…

—Eso es cosa tuya. Tienes astucia, mucha astucia, Charleen. Evítalo.

—¿Cómo?

Antes que Heller pudiera replicar se oyó el sordo zumbido del avisador. Alguien había entrado en la residencia.

—Cassey —gruñó el científico—. Ojalá él traiga mejores noticias que tú.

El jorobado apareció en la puerta. Con sólo ver su alterado rostro comprendieron que tampoco sus noticias eran alentadoras.

—Y bien, ¿qué ha pasado, ha muerto ese individuo? —le espetó Heller sin rodeos. Cassey sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo tan sólo.

El doctor soltó una sarta de maldiciones que resonaron como muy impropias de un científico.

—¿Por qué no se atrevieron con él los hombres que contrataste?

—Se atrevieron. Lo intentaron, profesor. Están muertos. Heller boqueó, lleno de ira.

El jorobado lo aprovechó para añadir:

—No sé cómo Savage pudo matarlos. Yo estaba cerca cuando dispararon contra él. Le acompañaba una mujer, pero logró salvarse de los disparos y salió en persecución de los hombres que había contratado… Dos buenos pistoleros, profesor, se lo aseguro. Ya no supe nada más hasta hace poco. El coche y los dos pistoleros fueron

encontrados en una autopista, destrozados, hechos pedazos.

—Es lo menos que merecían por su ineptitud —rezongó Heller —. ¿Y ahora qué?

—Buscaré otros…

—Y entretanto, ese individuo puede llegar hasta mí. ¡Qué excelentes ayudantes tengo a mi lado! —exclamó, furioso.

El jorobado y Charleen cambiaron una mirada. Estaban preocupados sin la menor duda.

Heller midió la estancia a grandes zancadas, iracundo, tratando de calmarse para hallar una solución a esos inesperados problemas que venían a entorpecer sus sensacionales experimentos.

—Está bien —gruñó al fin, deteniéndose junto al pequeño bar adosado a una esquina del salón—; perderemos un poco más de tiempo. Tal vez sea mejor así.

Charleen suspiró con alivio. Cassey le observó con el ceño fruncido.

—Buscarás a otros que lo intenten de nuevo, Cassey —añadió el médico—. Pero asegúrate de que sean los mejores profesionales de que se pueda disponer. ¿Comprendido?

—Sí, profesor.

—Y tú, Charleen, sigue con tus paseos hasta que localices a la mujer idónea para el experimento. Creo que forzar los acontecimientos como yo intentaba hacer es contraproducente.

Tomó una botella y se sirvió un poco de licor. Lo saboreó, volvió a servirse y entonces pareció caer en la cuenta de que era descortesía no servir también a sus ayudantes.

—Lo siento —trató de sonreír—, he sido demasiado duro con los dos… Les ofreció sendos vasos. Charleen dijo:

—Estoy muy contenta de que lo haya comprendido, profesor.

—No hubiera servido de nada que a causa de las prisas hubieses traído a una mujer inadecuada, con alguna tara, o… En fin, por el éxito —terminó, levantando su vaso y vaciándolo de un trago.

Cassey bebió con avidez. Había temido que las cosas se presentaran mucho más desagradables.

Charleen bebió también, acariciando en su interior el despecho y la cólera. Algún día, cuando el profesor hubiera terminado su sensacional descubrimiento…

Heller fue a sentarse en una butaca, encendió un cigarrillo y

durante unos instantes ninguno de los tres dijo una palabra.

Casi había consumido su cigarrillo cuando Cassey balbuceó:

—Tengo un sueño increíble…, creo que me iré a dormir.

Los ojos malignos del científico se clavaron en él como dardos.

—No creo que puedas, Cassey —dijo suavemente.

El jorobado trató de levantarse. No se movió una pulgada.

—¿Qué…, qué…? —su voz se extinguió. Al mismo tiempo, en la mirada de Charleen chispeó la comprensión y el pánico. Ella también hizo esfuerzos por abandonar la butaca. Advirtió con horror que su cuerpo no la obedecía, que era incapaz de mover un sólo músculo. Sólo sus ojos tenían movimiento. El resto del cuerpo era una masa insensible y paralizada.

Heller rió entre dientes, mirándoles con inmenso sarcasmo.

—Me maravilla que tanto tú como Cassey me tomaseis por estúpido… Naturalmente que no pensaba acabar con vosotros hasta haber terminado el trabajo, cuando tuvierais la fortuna al alcance de la mano. Pero opino que tal como han sucedido las cosas, éste es el momento. ¿Comprendes, Charleen?

Los ojos de la mujer estaban llenos de pánico.

—Esta droga no causa el menor daño en el organismo, querida, sólo lo paraliza. Pero puedes comprender todo lo que te digo. Y tú también, Cassey. Si lo pensáis con calma, habréis de admitir que estoy en mi derecho, dado que vuestros planes eran asesinarme cuando hubiese logrado todos los fines de mi descubrimiento. Tengo grabadas las conversaciones que sosteníais haciendo planes para el futuro. Forman una colección edificante.

Encendió otro cigarrillo repantigado en la butaca, mirándoles satisfecho.

—Me ocuparé personalmente de acabar con ese tal Savage… Ya encontraré el modo. Y en cuanto a localizar una nueva mujer, sana, inteligente, y a la que nadie busque después de su desaparición, ¿para qué perder tiempo y correr riesgos, si te tengo a ti, querida?

El horror que burbujeaba en la mirada de Charleen se acentuó hasta el delirio. Una imagen terrible, inmóvil como si fuera una figura de madera a la que de súbito el aliento del infierno hubiera dado vida a sus ojos.

—Tendrás el honor de haber contribuido decisivamente a mi triunfo, querida Charleen. Si todo sale bien, como espero,

conseguiré seguir en contacto contigo después de que hayas muerto. Mejor dicho, con tu cerebro, tus ojos, tus oídos. Me pregunto qué pensará tu mente cuando yo le hable, cuando me siga viendo después que tu cuerpo haya desaparecido de este mundo.

Se levantó. Los ojos inmóviles de Charleen no pudieron seguirle, fijos en un punto determinado.

Cassey hubiera querido gritar, aullar todo el terror que le inundaba. Lamentaba ahora no haber matado al profesor como tantas veces había deseado hacer, sólo contenido por el temor casi supersticioso que Heller le había inspirado siempre...

El médico fue hacia la puerta y desapareció. Estuvo ausente quince minutos y cuando regresó lo hizo empujando una camilla de ruedas, que detuvo al lado de Charleen.

—Lo haremos esta misma noche —anunció—. Todo está dispuesto de modo que no hay razón para demorarlo.

La levantó con suma facilidad, tendiéndola en la camilla. Ella vio el techo blanco, la lámpara y la cara de Heller inclinada con una diabólica expresión en su mirada.

Después, supo que estaban en marcha. Desfilaban los techos ante sus ojos, los pasillos que conocía camino del brillante quirófano anexo al laboratorio...

Supo que el doctor sujetaba sus extremidades a la mesa. Sobre ella, la enorme lámpara parecía flotar entre una bruma de pánico demencial.

Oía los pasos del médico a su alrededor, preparando todo lo necesario para la intervención..., la intervención que le arrebataría el cerebro..., que la mataría...

Después reinó el silencio, cuando Heller se ausentó llevándose otra vez la camilla rodante.

Estuvo poco tiempo fuera. Regresó trayendo a Cassey, inmóvil sobre la camilla.

—Contemplarás mi trabajo, Cassey —anunció—. Te aseguro que habría muchos científicos que pagarían una fortuna para verlo y tú gozarás de ese privilegio absolutamente gratis. Y tal vez... decida aprovechar algo de ti también después. Aunque tu cerebro no es una gran cosa.

Cassey creía volverse loco de terror. Un pánico cerebral, viscoso, que le impulsaba a gritar con todas sus fuerzas, sin que el menor

sonido brotara de su garganta paralizada…

Vio cómo el profesor encendía la enorme lámpara del quirófano. Cómo aplicaba una inyección a Charleen y cómo preparaba luego la pequeña mascarilla sobre la hermosa cara de la mujer…

No le quedaba ni el consuelo de desvanecerse y huir así de semejante pesadilla…

CAPITULO XI

—POCO más o menos, éste es el lugar —dijo Sheckley.

Donald Savage detuvo su bólido en cuyos asientos se apretaban los tres y miró en torno.

La carretera de segundo orden discurría por el centro de un terreno abrupto salpicado de árboles que a esa hora anterior al alba parecían sombras móviles, sombrías.

Stella murmuró:

—No hay casas por los alrededores, Donald... Por lo menos no se distingue ni una luz.

—Nadie tiene las luces encendidas a estas horas, querida. De todos modos, es un sitio muy poco acogedor. ¿Está seguro que es aquí, Sheckley?

—Sí... Bueno, puedo equivocarme en cien metros más adelante o más atrás, pero eso importa poco.

—Bien, ahora todo depende de usted.

—No espere milagros, Savage.

—Ojalá pudiese ayudarle.

—Puede ayudarme manteniéndose callado, relajado y no esforzándose por pensar en nada concreto. Y eso va también por usted, señorita. ¿Comprenden?

—De acuerdo.

Savage y Stella se apearon del coche, alejándose unos pasos. Una extraña excitación prendía en la muchacha, que se colgó del brazo de su compañero y susurró:

—Estoy terriblemente asustada, Donald.

Por toda respuesta, él la atrajo hacia sí, la miró unos instantes al fondo de sus luminosas pupilas, y luego la besó.

Stella sintió como si todo su cuerpo fuera sacudido por una

tempestad. La habían besado antes otros hombres, por supuesto. Pero jamás hasta ese instante había experimentado nada semejante a ese fuego que de pronto parecía llamear en cada gota de su sangre, en cada partícula de su cuerpo.

Subió los brazos, los anudó en torno al cuello de él y dejándose mecer por aquel oleaje de amor olvidó sus terrores y a su alrededor ya no quedó nada.

* * *

El doctor Heller encendió las luces del laboratorio. Llevaba ya su equipo de cirujano, incluso la mascarilla. Pero necesitaba estar seguro de que los preparativos en el laboratorio estaban a punto.

Su maravillosa máquina esperaba. El recipiente en que debía acomodarse el nuevo cerebro de Charleen, cuando le fuera extirpado, relucía incoloro bajo la luz.

Los delgados, finísimos cables que se conectarían a él para que el electroencefalograma acusara las reacciones del cerebro dispuestos cuidadosamente.

Satisfecho, seguro de que todo estaba en orden, se volvió hacia el primer aparato. La cinta de papel milimetrado se deslizaba lenta y silenciosa, con un trazo regular acusando que el cerebro que perteneciera a Jean Martin estaba en reposo.

Se disponía a regresar al quirófano para iniciar la intervención de craneotomía para extraer el de Charleen, cuando la aguja del electroencefalógrafo dio un violento vaivén que a él le hizo dar un respingo.

De repente pareció como si todo el mecanismo se volviera loco. Cada fase acusaba una actividad increíble y los trazos saltaban dibujando unos gráficos de una violencia tal que el propio Heller se quedó paralizado de estupor. Jamás había visto nada semejante procedente de un cerebro humano, una potencia tan terrible delatora de un esfuerzo que, según el gráfico, se encaminaba a proyectar al exterior la energía mental, pero con una cerebración como el propio Heller jamás creyó que pudiera desarrollar un cerebro normal.

Casi olvidó a la mujer dispuesta para ser intervenida en el quirófano, absorto por lo que estaba viendo. Hubiera dado la propia vida por saber qué ocurría en aquella mente viva que tenía ante sus ojos, qué clase de energía estaba emitiendo y que era capaz de

alterar de semejante modo toda la estructura de los diagramas.

Debía reflexionar sobre ello, tratar de descifrarlo…

* * * Sheckley dio un grito, rígido en el asiento del coche.

Savage y la muchacha corrieron hacia él, que les contuvo con un ademán.

—¡Está aquí! —jadeó el parapsicólogo—. ¡Puedo sentir su energía mental… como tantas veces antes de que…!

Stella contuvo un grito y se aferró nerviosamente a su compañero. Sheckley balbuceó:

—Me parece una locura… dirigirme a alguien muerto…

De pronto calló. Su rostro se crispó y Savage captó la desorbitada mirada de sus ojos incrédulos.

No se atrevió a acuciarlo, a interrogarle. Sólo observó.

De pronto, Sheckley susurró:

—SE QUE RECIBE MI PENSAMIENTO ESTA VEZ, PROFESOR… NO COMPRENDO QUE SUCEDE. VENGA. AYUDEME. POR PIEDAD…

Calló. Estaba sudando por todos sus poros y temblaba de arriba abajo.

—¡Es ella! —jadeó—. Savage, repito lo que creo entender… ¡Dios mío! Ella puede recibir también mis pensamientos…

Hubo un breve silencio, para reanudar casi al instante lo que él percibía.

—¿SAVAGE? EL PUEDE AYUDARME, PROFESOR. DONALD PUEDE LUCHAR CONTRA ESE DEMONIO… TIENE QUE MATARLO. MATAR A HELLER… ESTA AQUI PORQUE SIENTO SUS PENSAMIENTOS… ¿QUE HAN HECHO CONMIGO?

Stella emitió un grito de horror, y sollozando se abrazó a Savage frenéticamente. Este dijo con voz tensa:

—¿Dónde está? Trate de averiguarlo…, no hable, profesor. Sólo concéntrese.

La tensión de Sheckley era algo aterrador. Todo su cuerpo temblaba. De pronto, se apeó del coche, titubeó, mirando en torno y retorciéndose las manos de angustia. Pareció asentir a algo que estaba sucediendo en su mente y luego empezó a caminar despacio por el páramo.

Savage y Stella le siguieron en silencio, conscientes del monstruoso fenómeno a que estaban asistiendo.

Sheckley avivó el paso. A lo lejos apareció un edificio, una residencia de grandes proporciones, pero cuando estuvieron más cerca Sheckley se detuvo, vacilando de nuevo.

Soltó un quejido de impotencia. Era como si quisiera dirigirse a la casa, para darse cuenta al instante de que estaba equivocado, que la dirección correcta debía ser otra.

—Está guiándome —jadeó, casi sollozando—. Lo está intentando pero soy torpe... incapaz de comprender... No es la casa... ¡Dios! ¿Dónde entonces? ¡Si pudiera gritarle a voces...!

* * *

Heller volvió al quirófano sumamente intrigado por lo que acababa de ver en el electroencefalógrafo. No lo comprendía, pero era indudable que el cerebro de Jean Martin emitía una cantidad de energía como nunca antes lo hiciera. Si ya era asombroso que aquel cerebro continuara vivo después de los días transcurridos, no lo era menos que en ese momento determinado por alguna circunstancia que no lograba desentrañar, fuera capaz de tamaña actividad.

Charleen reposaba, ahora inconsciente, sobre la mesa quirúrgica. Un curioso arnés de acero inoxidable sujetaba su cabeza.

Desde la camilla, Cassey tenía la mirada fija en el techo. Una mirada demencial, desorbitada.

Heller fue hacia él y bruscamente la ladeó.

—Quiero que veas mi arte, Cassey —dijo con sarcasmo, asegurándose de que en la nueva posición estaba en condiciones de ver la figura tendida más allá—. Entretanto, piensa que tú ocuparás su puesto dentro de algunas horas, cuando termine con Charleen...

Se entretuvo cambiando los guantes por otros esterilizados. Se aseguró de que su mascarilla estaba firmemente colocada y acto seguido se dispuso a iniciar la intervención.

Cassey lo veía todo incapaz de cerrar incluso los ojos como deseaba con todas sus fuerzas. Vio así como el afilado bisturí cortaba de modo impecable la piel en torno al cráneo de la muchacha. La sangre empezó a brotar y el doctor se dio prisa y maña para que no le estorbara.

El bisturí fue sustituido por otro. Luego, el cuero cabelludo se levantó lenta y suavemente desprendiéndose del cráneo. Toda la hermosa cabellera rubia quedó en las manos del profesor, envuelta en la tela blanca con que la había protegido antes de empezar.

Cayó con un golpe sordo en el recipiente que esperaba…

Cassey aullaba demencialmente por dentro, ya que no podía emitir el menor sonido. Todo su cuerpo era una masa de horror impotente, sólo que no le servía de nada porque era incapaz de mover ni las pestañas.

Vio la pelada bóveda ósea, vio al doctor cómo lo limpiaba con exquisito cuidado y luego cómo trazaba una línea imaginaria allí por donde debería cortar la caja craneana.

Heller tomó la pequeña sierra eléctrica. La probó antes de iniciar el corte del hueso y el pequeño motor emitió un leve zumbido…

Luego, con una habilidad asombrosa, la sierra comenzó su cometido en el cráneo de la mujer…

* * *

—Entró en la casa, pero no está allí —jadeó Sheckley desesperado —. No puedo comprenderla…

—¡Hay que empezar por algún sitio! —rugió Savage—. Sígame.

Corrió hacia el edificio. El alba apenas despuntaba en el horizonte. La residencia era lujosa, grande. Savage comprobó que la puerta era demasiado sólida para forzarla, de modo que se dirigió a una de las ventanas y en pocos instantes la había abierto, colándose al interior.

No se preocupó de si le seguían o no. Con una enorme economía de movimientos fruto de la práctica y el adiestramiento, recorrió toda la planta baja en pocos minutos.

—Está desierta —anunció—. Sin embargo, estamos en el lugar debido. Hay un bolso en una sala, y documentos a nombre de una tal Charleen McIngram. ¡Charleen! La mujer que acompañaba a Jean cuando Marvin las vio.

—Ahora…, ahora noto que estamos cerca —susurró Sheckley con voz ahogada—.

¡Tiene que estar aquí!

Le llevó casi diez minutos a Savage encontrar la puerta que conducía al pasillo que en suave declive parecía hundirse en la tierra.

Había unas pálidas luces alumbrándolo. Corrió por él hasta el fondo, donde desembocó en un gabinete donde había una mesa de trabajo, estanterías repletas de instrumentos quirúrgicos, un archivador… y una puerta de acero.

Se volvió cuando Stella y el parapsicólogo entraron a su vez.

—Esa puerta de acero —señaló—. Hay que abrirla.

Buscó frenéticamente un resorte oculto y fracasó. Luego, tras examinar los bordes con infinito cuidado, gruñó:

—Atrás, salgan al pasillo.

Stella le vio sacar aquella pequeña y extraña pistola que utilizara en la autopista. Apuntó con cuidado y disparó.

No se produjo ningún ruido, pero al instante una sonora explosión estalló en la puerta abriendo un boquete en el acero.

Parte del techo se desprendió, provocando una polvareda. Pero la puerta, sacudida por el estallido, se deslizó a un lado lo suficiente para dejar paso a un hombre.

Savage no titubeó. De un salto la atravesó, deteniéndose en seco al otro lado, estupefacto.

El quirófano estaba iluminado por la gigantesca lámpara y el polvo de la explosión flotaba a media altura. Como en una pesadilla, vio la figura tendida en la mesa…, aquella cabeza a la que le faltaba la mitad superior…, y al médico que se había quedado petrificado sosteniendo entre sus manos una masa extraña y delicada…

Tras él sonó el alarido de Stella, y luego el golpe de su cuerpo al caer. Sheckley boqueó incapaz de hablar y Savage dijo:

—¿Eso fue lo que hizo con Jean, Heller?

Poco a poco, el médico depositó el cerebro en una profunda cubeta llena de un líquido incoloro. Estaba lívido y su mirada de loco no se apartaba del intruso.

Sólo entonces, Savage descubrió al jorobado tendido sobre la camilla. Esa breve distracción permitió a Heller precipitarse hacia el fondo del quirófano.

Savage bajó la pistola y disparó. El cuerpo del médico saltó al aire cuando algo estalló entre sus pies, dio un par de tumbos y se estrelló violentamente contra una estantería de cristal.

La estantería se hizo añicos y multitud de delicados instrumentos de cirugía volaron en todas direcciones. Heller comenzó a chillar, revolcándose débilmente entre su propia sangre.

Sin prestarle atención, Savage saltó por encima de él, abrió aquella puerta y entró en el magnífico laboratorio.

Miró en torno, asombrado. Parecía increíble que un hombre con

la mente desequilibrada hubiera podido crear aquella maravilla.

Luego, vio algo más y sintió que el estómago le subía a la garganta, y que su corazón se encabritaba casi ahogándole.

Oyó los pasos vacilantes de Sheckley tras él.

—La muchacha está desvanecida, Savage —balbuceó el parapsicólogo.

—Eso no le hará ningún daño, al contrario. Mire eso...

Sheckley avanzó hasta el complicado aparato..., hasta el cerebro de Jane Martin.

El tiempo pareció detenerse en la completa inmovilidad de los dos hombres. Sheckley frente a la mente que le había guiado hasta allí, concentrado, conteniendo la respiración.

Savage, observándole y viendo aquel palpitante despojo que, de algún modo que escapaba a su comprensión, aún había podido comunicarse con aquel hombre enjuto que parecía una estatua de piedra.

Al fin, Savage retrocedió. Heller aullaba aún, con las piernas destrozadas y todo el cuerpo sangrante. Le miró y por unos instantes luchó contra el satánico deseo de patearlo, de destrozarlo a golpes hasta matarlo.

Se apartó de él para acercarse al jorobado.

Sus miradas se encontraron.

—¿Qué le sucede, puede oírme? —gruñó Donald.

Los ojos le miraban, pero ni siquiera las pestañas acusaron el menor movimiento.

No quiso mirar a la mujer que estaba en la mesa. Giró sobre los talones y fue en busca de Stella, la levantó en brazos y con aquella dulce carga regresó a la casa a través del pasillo subterráneo.

Sheckley tardó casi media hora en reunirse con ellos. Para entonces, Stella había recobrado el conocimiento y temblaba entre los brazos de Savage.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —preguntó Sheckley con voz ahogada.

—Destruirlo todo.

—No tiene derecho..., lo que ese maldito hizo, algún día puede servir en bien de la humanidad.

—Sheckley, yo conozco a la humanidad mejor que usted. Estamos muy orgullosos de nuestros avances científicos, tan

orgullosos que nos gusta destruirnos los unos a los otros. Vuelva al coche y llévese a Stella. Espérenme allí.

—Escuche...

El le miró. Sacudió la cabeza casi imperceptiblemente.

—No había nada, profesor —gruñó—. Nada en absoluto en ese laboratorio. Sheckley dio un vistazo a Stella. Asintió.

—Es cierto —murmuró—. No había nada... vivo.

Tomó del brazo a la muchacha y ambos se alejaron de la casa.

Quince minutos más tarde, Savage se reunió con ellos llevando al hombro el cuerpo paralizado de Cassey.

—No sé qué le ocurre —explicó—, pero estoy seguro que me oye y comprende lo que hablo. Sin embargo, no puede moverse... Lo llevaremos al hospital. ¿Quiere ocuparse de él, Sheckley?

—Seguro.

Stella susurró, antes de acomodarse en el coche:

—¿Me dirás algún día lo que viste allí, Donald?

—Tal vez. Pero no hoy. Ni mañana. Cuando haya dejado a ese desgraciado en el hospital, tú y yo tenemos algunas cosas de que hablar.

—Claro..., ahora ya estoy segura de mí misma.

El puso en marcha el motor a turbina. Esta empezó a emitir su suave zumbido.

En aquel instante, de pronto, una sorda explosión sacudió la tierra haciendo oscilar el coche, al tiempo que a lo lejos se alzaba una colosal llamarada y durante un breve tiempo pareció como si un volcán hubiera entrado en erupción.

Savage pisó el acelerador y el coche salió zumbando.

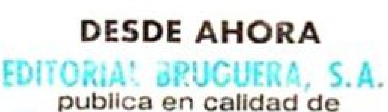
Pensaba que después de la muerte no debe quedar nada. De lo contrario con el tiempo el mundo sería gobernado por seres monstruosos, de un poder invencible y despótico que nadie podría dominar.

Estaba bien alargar la vida todo lo posible, hacerla lo más hermosa posible, y gozar de un mundo que se degradaba a pasos de gigante. Pero hasta que la vida cesara...

La muerte, pese a los Heller, era el fin. O el principio.

F I N

DESDE AHORA



en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso que a través dé sus relatos llenos de fuerza y colorido, ha sabido prestar nueva vida a los esforzados personajes que forjaron la leyenda del viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.